DON FELIPE

El viento cabecea como una borrica de hierro abandonada en la soledad herrumbrosa de las dunas. Todo él hecho láminas, cuchillas, puntas, flechas, pinchos, chirlos largos, socarrón, brutal, remangando labios en breves escalofríos. Torciendo la plantación rala de tamarindos rojos, aplastándolos con amplios y pesados golpes hasta dejarlos en breve espasmo echarse hacia atrás, librarse del agua apremiante, enmarañarse en más altas esferas de aire agobiante.

Abajo, la playa, cogida en su inmovilidad gris de esponja plasmada, erguida en un sobresalto de ola arenosa contra la duna, arañada, lamida, devorada, ominosamente amada del agua verde, espumosa, en el reflejo desdentado de las olas estrelladas.

Un leño negro cavando su huella con pesada terquedad, empeñándose en mantenerla con sus muñones quebrados y hundiéndose, hundiéndose en lo que ya se percibe como una larga eternidad.

La noche aferrada a la montaña se viene ya a pasos pesados, inundando las cañadas.

Aquí este resto de luz azafranada recortando en largas chapas brillantes los prados inundados y allá en aquel plano de hierbas arenosas lo angosto de las casas.

En el centro, la Morada, reconocida a su oscura fuerza y que hunde con firmeza sus sombras en la aventura de esta noche nueva.

Allá lejos, muy lejos, llevando en vilo sus rugosas tinieblas, la montaña cercando, precipitando, en la cabalgata de sus antorchas de plata, los olivos grises y blancos, los cipreses tirados ahí como llama de verano, los robles que chorrean su corcho rojo, los eucaliptos cerrados en sordos rumores y ahora esos objetos abundantes y seguros, pegados a las grietas de las rocas y dueños, a pesar de todo, de la incertidumbre de unos cielos derivantes.

Este gusto a jaras y a sal mezclado en la boca. Cogida la garganta en un remolino de agua espejeante, los brazos batiendo al ritmo de las ranas remotas los pies enarenados.

Al apoyo de unas casuchas achaparradas, encogidas para el sol y apretadas ahora en el viento de lluvia, se yergue la alta muralla de calamocha, abundantemente agrietada, cruzada de hierros, chapada de cemento joven, ya abotagado, acuchillada en la ráfaga, desapareciendo, oscureciendo, iluminándose de nuevo con pálidos fulgores movedizos.

El portón: ese nicho de madera roja en el que chirría un pestillo de hierro mohoso.

Antes de forzar, de pesar sobre los goznes, esa mirada al cielo embadurnado y como una seña, el vuelo hosco de una gaviota jadeante.

*

Una sala oscura. En el rincón de la derecha el montón de paraguas y bastones, tirados en barullo y que sólo a pleno sol se distinguen bajo ese peso de sombra botado en rotonda. Una caña de pescar tallada en un bambú tierno se cimbrea blandamente en el abandono a que la llevó un capricho pasajero. Un paraguas reventado y abierto dormita en la irritante suavidad de las telarañas.

«¡Elia, Elia!»

De inmediato, la voz se hunde en dos fuertes sílabas compuestas: E-lia, huye, se desliza, se infiltra y se penetra sin duda de este peso de sombra. ¡En qué chapoteo recae!

Recia y rota la lluvia se quiebra contra el viento deshecho de los postigos.

«¡Elia, Elia!»

Los pasos siguen una vía insegura en una supuesta dirección.

La cabeza crujiendo todavía de un viento agrio, llena de un agua salobre, babeante, dejando verdes arabescos en la memoria.

«¡Elia!»

Se acercan las formas, bloques de noche sedosa y uno sigue andando con las manos tendidas en estrave, bajo el peso de esos olores reconocidos. Pero ¿qué olores, desde cuándo conocidos? Un camino, sendero gris...

«¡Elia!»

La voz por delante, en lo nocturno de esas salas reconocidas, batiendo, sacudiendo, ajetreando su llamada. Cada vez más remota y extraviada.

Decidirse a caminar. Con Elia en la cabeza, sordamente. Repetir tu nombre, rechazarlo, aplazarse a sí mismo durante unos instantes, encontrarse en tu voz próxima, que todavía no ha regresado... o ausente, o quizás errante allá abajo en la playa y que vuelve hacia mí. Aun no quiero creerlo, no hay más que silencio, carrera al contratiempo.

¡Qué ferocidad la de esos jambajes en que uno tropieza! Pensativo, rechazado a un universo de paraguas y bastones. ¡Qué absurdo!

Por una ventana la luz bate pesadamente contra un arcón cubierto de impermeables de hule.

«¡Elia!»

Ya no es un grito sino un canto y el canto cruza demasiado alto sobre un cañizo de nubes insensibles, cogido, velado, desnudo y rechazado al fin contra el suelo, aquí, allá, detrás de la puerta de almagre, hundido en su obstinación de surco.

Y la sala siguiente, y la otra, y la otra, todas ellas atrapadas en la insidiosa humedad de este atardecer, chapoteantes de atónito silencio, cerradas a toda mirada, atentas sólo a ese fluir húmedo, allá arriba, muy arriba, ya no se sabe en qué tejas de qué tejados...

La escalera. No, por ahora no es la escalera. Ir por la derecha. Descubrir ese banquillo. Esa silla. Ese sillón de damasco rojo. Largo y ciego ascenso a orillas de un río derivante.

«¡Elia!»

La voz afirmada. Repercutiendo en lo duro de las paredes. Y volviendo a su punto inicial. Ahora inútil. Humo impropio. Seguir en medio del silencio...

Allá, es decir antes, es decir en otra parte, es decir detrás de aquella puerta, por fuera de Elia misma, había aquel incierto batir de alas, aquello, allá arriba, muy arriba, derivando, cavando su huella, sumergiéndose en el tumulto esponjoso de unas nubes grises que se dedicaban a medir fabulosos círculos o cuadros o rombos, ante los cuales no teníamos —yo no tenía— ninguna posibilidad de recurso. Pájaros tal vez arrojados a la cuerda de los vientos, trazando su huella indeleble, vuelo, curva, caída, sobre el registro pálido de los temporales.

Yendo en busca de qué imagen, si no es la tuya, Elia, hasta allá adonde tú no quisiste venir, compañera, portadora de ese ínfimo peso de amor que a pesar mío, cuán a pesar mío, yo creí sentir.

Yendo a la deriva en la deriva de este tiempo de agua. En busca de no sé qué arenas, qué sabores, qué luz, qué ala batiente de pájaro.

Las puertas golpeando en el vacío de las casas. Animadas no de presencias, sino de una sola presencia dura, inquietante, arqueada contra la gesta de mi cuerpo entero.

Volvía hacia ti. Volvía a subir hacia ti por esa larga, continua línea de las dunas, hasta el pantano en donde, polvoreado de arena, oía cómo iba amortiguándose el último canto de las ranas azoradas.

De regreso aquí, para llamarte, para decirte, para lanzarte al rostro tu gatito predilecto y mi amor.

«¡Elia!»

La lluvia rompe más ruidosamente sobre los cristales temblorosos.

Ya es tiempo de romper con esta lluvia. De volver a subir. De resurgir, de seguir. El peso de los muebles tirados en la oscuridad hasta rasgarla. Seguir...

Aquí, la cómoda, tumba de cuya hermosura cantaba usted las alabanzas, y allá el arcón que usted decía traído de las Indias y esa cruz: astilla plasmada en el muro prolongando el fluir insinuante de sus sombras, al ritmo de la blanda insinuación de las horas. Al tacto: las frías corolas de las palmatorias de cinc negro embadurnadas de una cera amarilla, vacilante, que brincaba bajo la llama que espabilaba usted con breve ademán en el siempre insólito crujir de las cerillas frotadas a ese apoyo que ahora me parece ser el de la noche.

Ya es tiempo de romper. Las quimeras acuclilladas debajo de las tejas, arrojando esa agua de salmuera forjada en las más remotas corrientes marinas y devuelta aquí, en estas significaciones blancuzcas, azulosas casi. El corazón tiene que seguir, pegado a esos adornos negros y ensortijados en el tejado por los destellos más deslumbrantes, reventando el sonido de esos corredores que separan las oscuras salas en donde se desploman con el oblicuo polvo los insidiosos perfumes de aquellos tiempos de entonces de que a veces te gustaba conversar conmigo.

¡Peldaño! Titubeando, tropezando, virando por las oscuras formas huecas de un vacío sin tregua colmado con una arena negra y suave, negra y suave, supongo yo.

«¡Elia!»

Extraño significado de los estruendos del mar corriendo al apoyo de mi andar desgarrando con largos fulgores, con fulgores de órgano tu imagen, harinosa imagen hollada, a pesar mío, por esa lluvia tenaz, ahora violenta, esparcida en la horca mohosa de los vientos.

¡Ya no basta!

¡Ya no basta!

«¡Elia!»

Las voces vuelan por encima de las nieblas y se juntan en el nudo de las tempestades cavando la oscura entrada corolaria de las cavernas esperpénticas adonde íbamos, se acuerda usted, a bañar nuestras añoranzas o nuestros anhelos, esas imágenes un poco mustias, sueltas, afiladas todas ellas sobre sí mismas y apresadas en aquella opresión que hacía que les tuviésemos tanto cariño. Y que desde luego no son estas imágenes de ahora. No. Aquel tiempo estaba ya aparte, siempre proyectado o rechazado, la presencia se bastaba en la continuidad de nuestros cuerpos imbricándose a la roca, adhiriendo a su significación de huída, de repliegue, testigo de nuestras manos agarradas a las madréporas untuosas de las paredes, de nuestros pies desnudos sobre el zócalo acerado del suelo. Inclinados, encorvados, arrodillados, arrastrándonos a la sombra aterciopelada de aquellas bóvedas clarividentes, en busca..., en busca... ¿en busca de qué, Elia?

«¡Elia!»

¡De un corazón, acaso! ¡Imagen trivial! Tirada como confetis en las ferias del Sur, tirada como mazapanes en las fiestas del Norte, pulida en forma de espejo en las tiendas de abalorios de Italia o sencillamente encontrada en la playa en gruesos guijarros. Apariencias de corazón parecidas a un corazón... en el fondo, muy en el fondo de aquellas cavernas. Pero ¿es que podremos algún día llegar al fondo? Perdidos en aquellos dédalos de oscuras rocas incrustadas de mica, el rostro enjugado con algas de gruesos granos secos y de otros más pequeños, húmedos, tiernos, suaves, íbamos, el corazón —sí, otra vez el corazón— latiendo por encima de nosotros, después de abandonarnos y dejarnos atrás, deslizándose, volando, acompañándonos ya en aquellos contornos que también fueran, quizás, nosotros mismos, u otra cosa, otra cosa y poco importa... Entonces iba yo delante y luego nos hallábamos sentados en aquella sala que una larga brecha en el cimborrio iluminaba de un fulgor zigzagueante con un pequeño mar de agua batiente a nuestros pies y que empujaba una leve espuma con que orlaba su verde de un destello de esmeralda en aquella estrecha playa de arena gris en que le gustaba a usted hundir los dedos y de donde brotaba aquel manantial de piedras con un choque deslumbrante que yo admiraba. En las paredes, extrañas colgaduras de algas de un carmesí desvaído imbricando sus nervaduras con el ocre de las rocas quebradizas, enlazadas a los contornos verdiazules de los helechos marinos que exaltaba el rojo autóctono de las anémonas de mar, jugosas y relucientes.

¿Recuerda cómo permanecíamos así, el uno al lado del otro, escuchando la sencillez de nuestros corazones, corazones de mazapán, corazones de espejo, corazones de piedra, todo ello triturado por un volcán marino?

«¡Elia!»

El velador, un angelito negro que sostiene una bandeja, anacarado con su taparrabos color de rosa, reconocido en aquel rincón, y allá aquella puerta abierta y que bate sobre lo desconocido de aquellos jardines a esta hora deshechos y por los cuales, a pesar de todo, quizás vuelva usted con el rostro sedoso de lluvia y babeante y el cabello palpitando en la furia de la ancha frente combada.

Pero no. Yo no cesaré de llamarla, de decirle, a pesar mío; algo así cómo a pesar mío... en esta ola de viento inseguro, un amor que no es amor... no, no un amor sino palabras arrojadas, arrojadas... lo mismo que yo me lanzo a estas tinieblas, tropezando contra estos muebles de los que a usted le gustaba hablarme, decirme, cantarme, delirarme, en aquellos atardeceres de llamas claras, allá arriba en la sala de las arcas... y volver a hablar, a hablar, de aquel armario de Bretaña que su bisabuelo había traído de Ouessant una noche de tormenta, aquel armario amarrado en la cubierta del barco del correo, rezumante de nieblas marinas, chorreante de agua, anacarado de sal y que vino a parar a este lugar, a pesar de todas las polvaredas, todos los inconvenientes de los caminos, precintado de sol y rutilante de lluvia... y esas memorias, de nuevo, que usted me puede contar del armario, esos recuerdos de quimeras que crujen bajo el peso de los pescadores terranovanos en encajes... ¿y qué sé yo?

¡Las Japonerías, a mano izquierda!

¡De nada sirve llamar!

Elia.

Tu nombre me anuda la garganta.

Estarás en el monte, o más abajo, en la playa, corriendo en contra del viento, embriagando la espuma de mar babosa con la espuma babosa de tus labios... esa coyuntura... ese espasmo...

No te llamaré, Elia... Proseguiré mi camino por lo amplio de ese corredor cuajado de muebles de los que tú me dijiste, una vez y otra, la resonancia. Corriendo al compás de mi presencia, de mi propia presencia, es decir, ahora, en lo negro, lo absolutamente negro, lo contundente y negro en donde suenan las simples resurgencias de tus palabras, pero ya sin importancia... Elia... sin importancia...

¡Esta sala, ahora!

*

A la derecha, los loros disecados... domina el color malva, aunque, entre esos ojos de vidrio, me dedique yo a los azules deslumbrantes y a los rojos más escasos pero más tenaces. Ese gentío, azotando los aires con un grito único, desplegando la selva, la triste antagonía de las lluvias, esos mundos al revés que recaen, imagen tras imagen, como ocurre con esas calcomanías que se pegan durante los domingos de sol en hojas de papel blanco y lustrado.

Ah, se me olvidaba, enfrente, en la pared de enfrente; enganchado de frente, el arcabuz que usted me decía que era de... de no sé qué antepasado... pero que, fiel y seguro, derribó en medio de la selva, entre otros indígenas, esa muchedumbre de loros...

Como gritos, la lluvia se despliega por los tejados, remangando las tejas con muy malas artes... ya no es hora... sí que es hora... Volver a subir. Abrir esa senda. A la contra, a la contra, a la contra.

¿A la contra de qué?

Elia, ¿se acuerda usted del rostro redondo de aquella virgen recogida en el hueco de aquel camino? Aquel cuerpo tendido, trabajosamente levantado, colocado de nuevo sobre los pies, el zócalo, las bisagras... y de pronto aquella mirada... los ojos rasgados, cerrados o abiertos conforme apoyábamos la mirada en el granó de piedra y nosotros, ¡retrocediendo! Aquel ínfimo estremecimiento, en la comisura de los labios, aquel ademán imperceptible que hacía que por detrás se inclinasen más los brezos, y los juncos golpeasen más.

El doble óvalo de los ojos.

Como un claro de bosque de miradas repentinas. Cogidas y agarradas y multiplicadas y viradas y desgarradas y lanzadas, estrelladas en su totalidad de pólenes:

Como tienda de miradas falsas, despanzurradas, desparramadas (y cuántas de esas tiendas habremos conocido nosotros en estos callejones de pasmos insinuantes y tristes de esas pequeñas poblaciones cubiertas de cristal, en el Vaucluse), desparramadas, despanzurradas, hasta el centro del mundo, hacia donde nosotros no podíamos seguir, hacia donde no seguíamos sino despavoridos, desconsolados, recaídos en lo tétrico, en el sollozo, en la llamada, en el fluir inconmensurable de aquella llamada que hería como un faro con sus delgados haces luminosos el grosero campo de la matanza.

Y, más allá de aquellos ojos multiplicados, no obstante aquellos ojos, no obstante aquellos dos puños que sabíamos cerrados sobre el buril en el propio instante de la eclosión de los párpados... y seguíamos, salvajes, por entre nuestro lote de brezos de aquel día, contando aquellas historias...

Pero, qué historias...

¡Elia!

¡No puedo llamarte más alto!

¿Acaso he llamado?

La lluvia rebota en la sacudida oscura de los tejados.

Ahora, callamos.

Sentado en el taburete de raso gris. A mano derecha, la escalera de piedra tierna, a mano izquierda, la escalera de madera, igual que esas escalerillas que enlazan las cubiertas

voy bogando junto a una ribera insaciable... insaciable... insaciable...

Por lo visto hay aquí ventanas... ojivales... ojivales...

Sin ceras de subir. De ir... curioso emblema el de aquel trapo que para un grupo de chiquillos significa la toma del castillo de honor, aquella piojera de latas de basura destripadas, sede de la vanagloria a donde íbamos nosotros con un palo en la mano, un cucurucho de

mantecado en la otra, a caminar en el regazo del viento. Por debajo, inmediatamente debajo, estaba el mar, arena y mar, espuma y arena en dondes nos entreteníamos doblando huellas que la ola borraba, borraba por siempre...

Bajo mi mano, no hay sino el grano de la piedra y colgaduras. Colgaduras de piedra. La lluvia, por encima, repercutiendo la dura terracota combada, montuosa, abollada.

Y, de repente, Elia, el bosque iniciando su contorno de sombras, prolongándolo, alargándolo, desarrollándolo al ritmo ínfimo, rastrero, incluso, de estos pasos:

La mano surcando, moviendo, sopesando, enjaezando por breve plazo el peso de unos rostros que yo conocí grises, color de rosa o violeta: obispos, clérigos, caballeros, notables, vil pueblo y, allá abajo, hormigas, centollos, cabras, terneras, babosas, tortugas, caballos, ballenas, jirafas, llamas, lombrices, cocodrilos y demás, forcejeando con vientre y hocico, con uñas y lengua, en lo tenso, en lo tenso aquel de su orgullo, acorralados, acampados alrededor de un castillo cuyo interior se adivinaba poblado de un mundo gris de frailes y caballeros sedientos, agotado desde hacía una luna el último aljibe debajo del olivo.

¡Elia!

Sordamente, sigo repitiendo tu nombre, soplándolo, proyectándolo en aquel relieve delante del cual, ayer mismo, te vi pasar, ligera, insinuante, en aquel resquicio de hebra solar.

Y ahora ¿qué?

Allá arriba; en esa habitación que es tu habitación y que yo no conozco (te acuerdas de aquel silencio establecido entre nosotros, a la entrada de aquellos corredores, cuando, con un gesto amplio y vago señalaste: «aquí empiezan las habitaciones» y aquella sonrisa que me rechazaba, me alejaba, me arrojaba a esos jardines de abajo, donde, en un revoltijo lunar, mis pensamientos amorosos, estrellados, tirados en tropel en las antiguas quebradas, mutilados, crecían, al claro de noche, sus inutilidades sublimes).

Esa habitación que yo imagino rumorosa de palabras, apretada de libros separados a trechos por un grabado (como aquellos que me enseñó usted una vez, ¿se acuerda, Elia? Aquellos extraños grabados de caballeros que rastrean los páramos). Un velador ovalado, cubierto con un tapete azul que domina una rama de brezo color de rosa, brillante y como barnizada de un eterno rocío... y, en unas hojas de papel desparramadas, varias semillas ya secas que ruedan bajo el dedo. La silla de mimbre dócilmente colocada al apoyo de la ventana abierta que da al mar, de la ventana con cristales cercados de plomo, abierta sobre aquel infinito, allá, allá, allá: el mar y la huida de su mirada. La cama siempre deshecha, abultada de un edredón de pluma forrado de tela roja en el que hunde usted la cabeza, en ese murmurar de usted misma con usted misma, dueña y señora de un lugar en el que sólo late esa lenta contracción de sus propios labios en palabras que están por venir... por venir...

¡Remontar! ¡Remontar el río!

¿Será un río? ¿Un arroyo? ¿Un esqueleto de río? ¿Una apreciación de río? ¿Una perspectiva de río? ¿Una corriente? ¿Un torrente?

¿Un hilo de agua derivando por debajo de las piedras del manantial? ¿Tallado en el papel de la memoria? ¿Forjado en la mensurable madera ocre de las playas?

¿Qué?

¿Qué? ¿Qué? Y ¿qué?

La lluvia vuelve a crujir en los jambajes de las puertas... más allá, ¿más allá de qué?

¡Elia!

¡No puedo hablar! ¡No puedo pronunciar tu nombre!

Tu nombre viene a dar, solo, contra la dolencia del tiempo. ¿Quién eres, Elia?

¿Y por qué nombrarte? Sumarme a ti, que estás en este momento allá..., tropezando con la playa, o derivando por las páginas de esos libros antiguos... en tu habitación, en la biblioteca, en el salón; o vagando por los corredores y tal vez, un poco más tarde, en esa oscuridad, bajo la lluvia, me encuentre con... en busca del hilo perdido... perdido y retumbante del peso rectilíneo de su propia suficiencia, en este pavimento de losas... de losas, de las que nunca he hablado, y que comunica con aquel más allá de ti misma... o de tu padre... en busca del pesado cencerro de los encantos... de tu padre, esa curva cruel, tirada al otro lado del río... ¡De nuestro río, Elia!

A este lado del río; Elia, usted no comprenderá... perdida en la desnudez de esos pasillos, ¡tú no llegarás! Yo creo... creo en un calor, Elia, que nos lleve, tú y yo, tu equipaje, ese ligero peso de sombra de tu equipaje medido al simple estremecimiento de tus manos... marcharnos, tú, yo, toda esa sombra en el más allá de otras riberas... tragando nuestro exceso de imágenes rasgadas... yo creo... yo creo...

¡Coño!

¿Por qué estará esa mesa apuntando contra el silencio del corredor en el que nos enroscamos cada tarde? Y en la que cada tarde tropezamos,

Elia, no pasaremos nunca.

También sé que te ríes de esto como te ríes de todo lo demás.

El otro día me dijiste, ¿no es cierto?:

«Como usted en sus glacis el estandarte despedazado.»

Por desgracia, Elia, ya no hay metralla... y yo, magullado contra esa mesa de cacería tan desafortunadamente colocada, decaído, desesperado, reventando la negrura de esa lluvia abatida sobre la mole de los leños de deshecho y que golpea con hipo unas llamadas imposibles. ¿Para qué salvamentos?

Seguir caminando, seguir hundiéndose, refugiándose en lo oscuro de esas piedras: barrigas, gaznates, estómagos, máquinas de tragar con la monomanía de las sombras difusas, confusas, colocadas a trechos precisos, escollos en que encallar, aristas en que empalarse, playas en que arrojarse. Navegación lenta. Subo hacia ti, Elia, hacia no sé qué lugar en donde tienes que estar agazapada observando mis vanos esfuerzos por, no por burlarte ni distraerte, sino así... sencillamente... como: por ejemplo, ¿te acuerdas?;

aquel día usted llevaba un vestido de percal azul. Se había levantado muy de mañana y yo había ido a su encuentro en el jardín,

detrás del rosal carmesí. Usted me cogió la mano con gesto cariñoso y me clavó, de repente, los dientes en las carnes... yo inicié un gesto de rebeldía, pero la dejé hacer: entre mis brazos traté de cogerla, pero usted huyó, silenciosa, recobrada inmediatamente por la nervadura de sus propias luces.

Más tarde, quise preguntarle o le pregunté el porqué... y usted tuvo aquel leve, imperceptible, móvil encogimiento de hombros y se alejó de nuevo.

Esta es la gran sala llamada «la de las armas». Tiene las bóvedas más almagradas y de su nombre sólo guarda una antigua memoria. A continuación, la sala de los tapices, la de las pinturas, el salón del rey, luego, el salón de las damas, el de los dados y la sala de las velas. Todas igualmente desnudas, depositarias de un silencio opaco que sólo, en estos instantes, cimbrean los cortos arcos de la lluvia desaliñada.

Escaleras, patios cerrados y abiertos, pozos tirados al azar de los corredores, tamarindos enanos creciendo en la confusión de las piedras, caminos, veredas, entrecruzando sus significaciones vacías en donde sólo tú, Elia, puedes aparecer, fuerte vibración del viento, agua, cielo, sol, estallido de vida, desmelenando, al remolino de tu andar, esas formas muy raídas e invisibles.

Después, esas breñas de hierro, torcidas, cruzadas, edificando con su herrumbre esos arcos descabellados en donde, a trechos, florecen unos puños de cobre rezumante de rojo; toda esa chatarra enmarañada en setos y selvas, en que sólo al sesgo prosigue uno por un camino salpicado de astillas aceradas, amarillas, mortíferas...

Un día, Elia, dijiste la palabra «mundo» y con brusquedad te inclinaste sobre la tarea emprendida: un herbario antiguo que te habías empeñado en reorganizar. Entonces también yo traté de hablar. Me miraste y, no sé por qué, dije yo en voz baja: «El corazón de las pervincas.» Pensé que era una tontería. No sé.

El descolorido postigo afloja su abrazo bajo el viento, bate con el más insistente vigor contra el muro de piedra cruda que suena y retumba, hace como que se dobla y, en su sinuoso hueco de fibras, toca los fuertes acordes de los Tiempos Apocalípticos en la plenitud de un canto en tono menor.

Abajo, los tejados del pueblo cada vez más apretados, barnizados como del interior por una fuliginosa luz verde... Más allá, el mar, abultando el blanco lechoso de sus negras tetas, reventando, desgreñando, salmodiando el arco despedazado de la costa rocosa y, muy lejana, casi imaginaria, palpitando sus brumas, la montaña.

Desperezarse, Señor, y seguir andando...

La larga sucesión de pasillos, torcidos en ángulo recto, tropezando con escaleras empinadas, siguiendo hasta el piso de arriba para dar en vetustas salas pesadamente artesonadas, estrechándose de nuevo, prolongándose por un laberinto de salas ovaladas, redondas, cuadradas, rectangulares, hexagonales y, constantemente, ese movimiento del agua, esponjoso, cavando, mojando con la más insistente presencia.

Por el bosque reseco del invernadero, uno se guía mediante los olores dulzones que se desprenden aún, mezclando, a falta de hojas

y de frutos, la baba ligeramente untuosa de los hongos en lo oscuro de los troncos. Fieles depositarios, a través de los locos espejos de su propia muerte, de un pasado olfativo todavía vivo.

Sigo subiendo, subiendo despacio hacia ti, Elia.

Si dejo por ahora de molestarte con mis gritos es porque nos vamos acercando a los aposentos de tu padre. Aunque, a este respecto, yo no esté todavía sino en el campo de las suposiciones, no habiendo podido nunca (fuera el tiempo que fuera), determinar el lugar más o menos preciso de sus habitaciones.

Por ahí se rompe un cristal.

¿Arriba?

¿Abajo?

Una higuera atrofiada se ríe socarronamente en aquel rincón de la tronera, la cuba de madera amarilla hecha pedazos a sus pies, la tierra esparcida, las raíces apuntando, blancas, dejando brotar unas monstruosas raicillas calvas al asalto de unos cuantos ladrillos tomados ya por varias partes, levantados, volcados...

¡y yo me desplomo detrás de esa risa!

*

¡Conque estaba usted ahí!

Estrecha figura, más tiesa aún en el severo traje de caza oscuro. El ojo agudo y guasón, la nariz ancha y jadeante, la frente alta, lisa, recta, cercada de un escaso plumón blanco. Las manos finas, ligeras, descansando apenas, revoloteando silenciosas como alas de murciélago.

Don Felipe, sentado debajo del retrato de su padre el marqués, de joven, en esa alta silla de madera negra con incrustaciones de nácar.

Cerca de usted, a la derecha, sobre la mesa cubierta de un tapete carmesí, esos libros antiguos, abiertos sobre unos grabados de veleros surcando unos mares hechos de pequeños trozos de fuego en los que acaso resalta la cabeza de Leviatán o un par de sirenas.

Estamos ahora uno al lado del otro, Don Felipe, en este gabinete tapizado de amarillo, mirando esos rostros de agua que gesticulan y se empañan en los cristales.

¿Elia no ha vuelto todavía? Pero no me atrevo a preguntar. Además, ¿quién se atrevería a preguntarle algo, Don Felipe? A usted que un día proclamó ser el perdedor de esas horas que no hace sino compulsar con hábil y prudente dedo por entre las naves esbeltas de esos libracos.

A cada lado de la puerta, el areópago de los loros blancos ahora apolillados y desplumados sobre su relleno de paja, se encrespa de azul crudo, como eléctrico, debido sin duda a las sombras apenas luminosas de este atardecer.

Y es usted el que dice:

«Elia estará en su habitación.

La vi allá abajo apresurándose en dar de comer a los galgos.»

Y alargando luego la mano hacia un grueso infolio encuadernado de piel trigueña abierto con brusco ademán en la página 597, lo recuerdo, y aquella nave encallada a la altura de una isla en que se veían unos cocoteros que plasmaban su pesada sombra sobre una playa cuajada de tortugas, y decir, dándose media vuelta:

«¡"La Bella Miente", navío tempestuoso!

Se lo digo yo, Franz, encallado aquí por culpa de un hermosísimo tiempo, a sotavento de la isla de Cairn y en espera, no de la brisa sino de cierto huracán azulenco que proseguía por aquel entonces su ruta al Oeste, allá por las 150 ó 160 millas al Norte Nordeste.»

Sin alcanzar siquiera a ver los largos pendones colgando sobre la flojera de las velas mayores largadas sobre las vergas, por encima de un hacinamiento de marineros acuclillados a la sombra tornadiza de los mástiles, cuando ya la mano corre la tapa y el libro se cierra tan bruscamente como se abrió.

«¿No le he enseñado nunca la Gran Toscana?»

En la cabeza brotan bruscas imágenes envueltas en un viento de polvo, de sol, de arena, cortando en la masa profunda de grises perfumes de jaras históricas, agrietando, cuadriculando la inmóvil polvareda de aire con mil venillas insistentes, quebradizas, duras como canutos de savia cristalizada, delirando el peso de sus embrujos dulces.

Ahora vamos andando juntos. Don Felipe hablando, a la vez que empuja puertas sucesivas que nos llevan hasta este gabinete en donde, por entre la disecación de las águilas gigantes, se alza el esqueleto amarillento de la ballena, en medio de las colecciones de Petreles, Sulas Basanas y Ruiseñores de mar, entre otros desgreñamientos de plumas que dominan las vitrinas o se superponen en la confusión de una lucha apenas perceptible, y los grandes esqueletos internos o externos capturados al azar de mares y playas.

En un rincón, Don Felipe señala con la punta del bastón la enorme redondez agrietada de la concha de una tortuga gigante.

«¡La Gran Toscana!

Elia no está aquí y ya va haciéndose hora de cenar, ¿quiere usted ir hasta esa ventana y mirar hacia el jardín?»

La lluvia enreda y desenreda con gesto loco los cipreses. Plegados, enderezados, torcidos, imbricados, baldados bajo el peso de las pesadas madejas de agua, alborotando a ras del suelo que arrestran, chupan y mascan con largos trazos flexibles de correa, ahora zizagueante en el más deslumbrante de los verdes.

A la derecha, sobre el seto de rosales rojos, se espolvorea un remolino de agua rugosa empañando formas y colores.

Hacia la izquierda, las veredas arenosas huyen por entre los bojes, desapareciendo entre hipos de agua.

Elia no ha vuelto todavía, Don Felipe.

A no ser que ya... pero, las puertas de la perrera están abiertas los viejos herrajes gastados y golpean. Usted se ha equivocado, Don Felipe... Elia está todavía allí... remontando progresivamente en el viento la hebra de su sueño... empeñándose en esa lucha de tormenta; los altos galgos rubios apretándose a su alrededor, empeñándose por dejar atrás esta casa, este jardín, estas salas hoscas y vacías, y este silencio, don Felipe...

«¡La Gran Toscana!

La capturamos una tarde, a tiempo que el sol se deslizaba en su ocaso salpicando un cielo entero de grandes petreles rojos.

No menos de cinco hombres fueron necesarios para subirla a bordo: Dígame, ¿sabe usted algo de la tortuga gigante?»

¡No, yo no sé nada, ni de la grande, ni de la pequeña tortuga!

Habla apoyándose ligeramente en el bastón. Sólo se mueven los labios. La mirada azul, palidísima, perdida, errante en su fijeza, por encima de esa vibración labial, relatando otra vez cómo aquella tarde trajo la ballenera, además de su cargamento habitual de grandes tortugas, la más enorme, la más hermosa, la más inteligente, la más fiel, la más comprensiva que jamás viera marinero, apellidada poco después La Gran Toscana, en memoria de una duquesa de aquellas tierras que antaño, hace tanto tiempo, Don Felipe amó con un amor ardiente y doloroso; y cómo en sus viajes sucesivos por los océanos, en sus merodeos a orillas de las comarcas más remotas, le fue siguiendo el fiel animal, atendiéndole con un afecto poco común y prodigándole los consejos más sensatos en los momentos más tétricos, momentos en que parecía que todo lo abandonaba... Cómo, aquella noche del mes de febrero sin que nada lo dejase prever, La Gran Toscana se encerró en sí misma, sin volver a aparecer, dejando como único testimonio de su presencia pasada esa concha centenaria por donde corre la mano pasando en honda caricia sobre las ásperas grietas, las desgarraduras, los descabellos del carey, los valles intrincados de mil marisquillos parásitos...

Ahora remonto yo contra la plenitud de esas palabras que esta noche vuelven a latir al apoyo de una inquietud, Don Felipe, que usted trata, durante esos largos minutos que preceden a la cena, de canalizar, de mantener en un camino lúcido y frío que La Gran Toscana ha de seguir protegiendo en secreto, bajo la tapadera de su mundo de escamás golpeado de vientos y de líquenes, de lunas flexibles y de tormentas violeta.

Yo remonto así hasta la ensenada en que esta mañana vi huir a mi paso a toda una familia de cangrejos. Musgo verdoso y ágil hundiéndose pesadamente en la espuma de mar; y una ola que arrollaba, llevándoselo, al último de aquellos inquietos hasta dejar, al retirarse, este guijarro negro, ovalado, primorosamente pulido, absolutamente encerrado en la propia unidad de su negrura y que recogí para usted, Elia...

Don Felipe delante, vamos a lo largo de esta galería, abierta de anchos vanos sin cristales hacia esa parte del golfo a la que vienen a amontonarse y estallar los más densos nubarrones del Este. Vamos así hasta esa piedra estrecha y alta, con tres trazos grabados en estrella, y usted la saluda con el mismo ademán íntimo; luego volvemos a bajar por la gran escalera blanca hasta los corredores donde su voz retumba más profundamente; y, al pasar frente a la serie de los siete espejos de Venecia, usted dice:

«Elia nos está esperando.»

*

¿Por qué no dice usted nada, Elia?

A través del grueso cristal del vaso, el rojo de sus labios resalta más ruidosamente. Así dibuja usted más profundamente sus sombras en el

resplandor algo atenuado de los grandes candelabros de plata en que se consume lo frágil de esas velas de un rosa ligeramente gris.

Usted come despacio, con cuidado, y yo me pierdo en la graciosa complejidad de las curvas que trazan sus dedos al explorar el caparazón de ese grueso centollo rojo.

Don Felipe, muy tieso, apoyado contra el altísimo respaldo de su asiento repujado, se sirve con movimientos amplios de una pesada garrafa y bebe, entornando los ojos.

El viento, aplacado, deja caer una lluvia suave, regular, monótona.

Los galgos dormitan al amor de la lumbre y el gato rubio, aún no apaciguado, nos observa a todos con su mirar verde y punzante.

«¡1748! ¡Marzo de 1748! ¿Se acuerda usted, Franz?», dice don Felipe.

Yo la estoy mirando, Elia. Tengo para usted este regalo de la piedra negra, cogida a esa teoría de cangrejos.

«Estábamos cenando en la mesa carmesí, ¿no es cierto, Franz?»

Lucho por llegar a ti, Elia. Por atravesar la blancura de esos encajes que resaltan en el mantel, por cruzar ese mundo de copas, de fuentes llenas de pescado y de fruta, a través del brote furtivo y cruel de esa plata labrada, a través de esos vasos macizamente tallados, de esos frascos llenos de vinos espesos o ligeros, de esas flores fieramente erguidas, de... ¡Elia!

*

«Con su sangre, el obispo había impregnado la madera. Hondamente, a pesar del esmero que pusieron en limpiarla, todavía se notaba la sinuosidad de los arroyos negros... Franz.»

¡Elia! El collar de algas secas brilla en el blanco anacarado de tu cuello con hondo cariño de ébano.

«Franz, aún quedaba la mitra, algo raída, y con los hilos de plata reventando el tisú de oro, en un rincón, a donde había ido a parar... cubriéndose ahora, poco a poco, de un polvo velludo y blanco, y al lado ¿lo recuerda usted? un ramillete de arrayanes mustios.»

Has vuelto de la playa sin pasar por el jardín, al otro lado has saltado la zanja, cruzando la poterna y errado tal vez por la casa. Al azar. Quizá espiándonos...

«¿Se acuerda usted de lo descansado que estaba aquella noche Santa Croce? Alegre, gracioso, y aquellas palabras chistosamente superpuestas, y la anécdota relatada una vez más:

De cómo su ilustrísima, desde hacía dos años, honraba aquella casa con su presencia, entrando en ella y sentándose a aquella mesa para, en su inefable bondad, recibir y escuchar y contestar a aquellos indios... y de cómo con brutalidad nunca vista, aquel jefe medio loco, y bebido, se precipitó sobre él con el cuchillo en la mano, y de cómo, antes de que pudiera esquivar el menor gesto, cayó el puñal, penetrando por el costado izquierdo a la altura exacta del corazón, y su ilustrísima, extendiendo los brazos se levantó de un salto para bendecir y seguir

bendiciendo y cayó derribado: ¡roble inmenso! Yendo a rodar la mitra hasta aquel rincón oscuro en donde ahora estará para siempre. ¡Para siempre! Santo lugar, lugar de veneración... ¡Ah Franz!»

*

Ha bebido usted bastante esta noche, Elia. Los higos se aplastan entre sus labios manchándolos de una sangre espesa, pútrida... Su boca, impregnada en este momento de ese perfume de higuera y en su cabeza el remolino de los oleajes lentos mezclados con las derivas del alcohol...

«¿Se acuerda usted de la mirada de Santa Croce contándonos el suplicio del Indio?

La plaza convulsionada de gente. El sol. Los trajes de oro y plata. El rojo de las lanas mezclándose con los amarillos de los manojos de hierba seca traídos para la hoguera... y de cómo usted mismo, erguido sobre los estribos, dio la señal del suplicio, una espada clavada despacio en el corazón, y el Indio, con los brazos atados en cruz, la mirada fija y negra la pupila que se iba poniendo blanca, blanda y lechosa»...

Elia, no le daré el guijarro negro; usted lo tiraría al mar esta misma noche. Los cangrejos verdes y rojos se apoderarían de él otra vez y en su memoria sería una nueva historia que desenredar, despacito, fibra por fibra...; no, Elia... me quedaré con él, ante usted y ante mí...

«Y de cómo cambió la mirada de Santa Croce cuando, en su lentitud magnánima, el canónigo se puso en pie y nos alzamos todos bruscamente y brotó el grito: ¡No, Santa Croce; eres tú el que has matado!»

Elia, todavía no le he visto los ojos esta noche.

«¡Eres tú, eres tú!

Y la mano en el pecho..., usted se acuerda, Franz...; aquella furia entonces, viéndose ya clavado en el suelo él también...

Las espadas volvieron a sus vainas y el canónigo prosiguiendo: ¡Santa Croce! En virtud del trato de su ilustrísima con vuestra hermana, le ahorraremos la infamia suprema. Sólo iremos al lago... ¡Confesaos a esta mitra!»

Elia, Elia, la lluvia se divide en la playa.

*

Don Felipe se anega en sus espejos de bolsillo, esparcidos en la gran mesa de cobre.

En la salita octogonal inmediata, Elia arregla con cuidado los grandes herbarios.

«¿No se acuerda usted, Franz?», pregunta Don Felipe al tiempo que desplaza una nueva figura de los espejos.

No, no me acuerdo. ¿Cómo podría yo acordarme? ¡Qué me importan a mí Santa Croce ni el obispo! ¡Tiempos, tiempos para los que no habrá nunca memoria!

«Usted comete un error, Franz, si es que me permite esta observación.

Venga, iremos los tres. Elia querida, ¿quieres venir?; hasta el cristal. Usted verá..., usted comprenderá, Franz; yo creo que eso forma parte de "lo importante".»

¡Ojalá se lo lleve la tormenta, viejo loco! ¡Ojalá el sol más acerado le reviente mañana ese cerebelo, que se le está pudriendo entre las páginas de los incunables!

Pero Elia le sigue y yo sigo a Elia, y nos siguen los galgos, y nos sigue el gato rubio...; triste procesión que nos conduce allá arriba, debajo de los tejados, por esos corredores impregnados de olores sosos y dudosos, en donde se amontona, entre lo heteróclito de un mobiliario pasado de moda, una colección de árboles, sobre todo álamos y sauces, en que anidan ahora unos sedosos murciélagos.

Seguimos andando por unos claros poblados de cajas destripadas, de donde salen en furioso desorden telas de todos los colores, vajillas de porcelana y de plata y hasta suntuosas alhajas de oro y piedras que a mí me parecen preciosas.

*

Sobre un zócalo de granito azul, una mujer en cuclillas está dando a luz en esta fría soledad, las piernas abiertas, la cabeza echada hacia atrás, las manos profundamente aferradas al zócalo, a un niño, cuya cabeza y un brazo, en ademán de nadar, han salido ya del sexo.

Don Felipe se esfuerza unos minutos por librar una puerta de sus cierres. Y luego penetramos en una salita ovalada con un velador Napoleón III, sostenido por un negro abigarrado, que ocupa el centro.

Puesta sobre el tablero hay una arqueta, y en la arqueta, un bloque de cristal. Del tamaño de un coco, burdamente tallado y de una transparencia perfecta.

«Quedémonos de pie», dice Don Felipe.

A mi lado está Elia; la oigo respirar sordamente, y sobre su piel, arrugarse el collar de algas.

«¡Mire usted, Franz!»

Con las dos manos, Don Felipe da vueltas lentamente al cristal.

No es sino un hueco claro, brillante, de una resplandeciente desnudez, opalizándose poco a poco, invadido por una bruma lechosa, espesa, arrollada en olas sucesivas. Luego, a la derecha, un diminuto sol color de malva, que gira sobre sí mismo y serpentea a lo largo de una raya desgarrada, semejante a la cresta umbrosa de una lejana colina.

Luego, unas finas siluetas parecen internarse, hundirse, desaparecer en el centro de esa bruma intensa para brotar de nuevo más numerosas, en larga teoría procesionaria, escalando ahora el flanco de una anchurosa roca azulada, entallada de bastos escalones, de donde surgen en ramos descabellados unas locas flores secas, muy parecidas a esos grandes girasoles desconsolados y quemados del jardín.

Bajo el bloque de cristal se ve moverse blandamente el índice de Don Felipe, descomunalmente aumentado.

Pero de pronto se levanta un espeso viento arenoso, cubriendo con anchas placas crujientes las brumas que en fumarolas siguen elevándose desde los bajos fondos, dispersándolas, golpeándolas por el lado, aplastándolas.

*

Sobre la roca, las procesionarias, ahora inmóviles, se ven de repente cubiertas por la ganga de esas arenas de un rojo de almagre.

Entonces aparece el jinete solitario, con la cara redonda y aplastada bajo el amplio sombrero de anchas alas levantadas. Los ojos, la nariz, la boca, formados de cuatro trazos, alejan voluntariamente toda expresión de ese rostro de barro. Las piernas, violentamente apretadas contra el pesado caballo, que tuerce y echa hacia atrás una melena profundamente cincelada por encima de un hocico carnoso.

Camina en un silencio de juncos y de agua, abriéndose una senda ajada en el canto de las ranas, que rebota, invade el cuarto ahora, zozobra y se esparce en fuertes burbujeos por la ventana abierta.

Elia, yo siento que su mano se apoya junto a la mía. No me atrevo a mirarla ni a Don Felipe, su padre, ni a mi alrededor, en este cuarto, en que se exaspera el coro desganado de esas ranas salvajes, que cantan su canto más cruel al paso de ese jinete estatuilla, erguido en su voluntad de tierra para seguir su camino.

Elia, extrañas palabras toman pesadamente su vuelo en mi cabeza. Una por una, tocadas con ese violento sombrero de noche, retumbando de esos gritos sordos de abajo, que nos señalan, nos delatan, nos condenan.

Después pasa el jinete. Sobre el pantano vuelven a cerrarse los juncos.

Por debajo aparece de nuevo la monstruosa deformación de los dedos de Don Felipe.

Oigo cómo se va usted apartando, Elia, y dirigiéndose hacia la puerta.

Don Felipe vuelve a dejar el cristal.

«Buenas noches, Franz. En aquellos tiempos teníamos sabiduría en la tierra, ¿no es cierto, Franz? Buenas noches.»

*

Los tres rostros de piedra consumen su inmovilidad en el sol ardiente de los días; por debajo del frontón, la puerta de madera claveteada deja huir por el resquicio un tumultuoso raudal de azules quebrados, grotescos lisiados de una batalla matinal, que se arrastran cojeando hacia el refugio cercano y fresco de los verdes, densos y tupidos de los robles.

Aquí, en lo negro de este jardín, de bojes y cipreses, la oigo susurrar levemente sobre el pasado de una noche calcinada, enganchando sus jirones a la monstruosidad de unas piedras que yo no podré desgarrar.

Junto a ese banco, el esplendor demente del pavo real abigarrado despliega sus memorias de prehistoria en la confusión de unos fulgores triturados.

De nuevo la he perdido para todo este día, Elia, desaparecida en el tornasol de estas primeras horas claras, en busca de yo no sé qué derivas, de las que a la noche volverá enardecida y destrozada, llena de un afán suave de vino espeso y de perfumes de fruta machacada.

Con pesada lentitud, el pavo sigue esa línea ideal, los ojos entornados, ladeada la cabeza, un tumulto de luces chorreando por los azules, los verdes, los anaranjados metálicos de su gorguera, en la evocación insistente, conmovedora, de aquel hierro deslumbrante de la primera cuchilla.

El estanque, a la sombra de sus olivos, bajo su red de menudos insectos negros, veloces y apresurados, corre en la madeja quebradiza de los destellos solares, atenuada aquí por un fondo de limo y de musgo.

La incierta sinuosidad del desaguadero, plasmando la dureza de sus chorros plateados en lo sonoro de una piedra blanquísima tallada en rudimentaria pila.

Voy repitiendo palabras singulares o sencillas, entre las cuales progreso prudentemente, atento a todas las señales, a todas las insospechadas fluctuaciones de los sonidos, a los perfumes, a las evocaciones furtivas, en ese incierto deseo de complacerla, Elia, aislada ahora en la soledad de su cuerpo tirado a los ardientes hálitos de qué arenas solitarias. En qué remansos de usted sola conocidos y amados.

El pavo real arrastra su soledad en los linderos de las sombras dentelladas, arqueándose inmóvil en su movilidad eterna.

Por delante de la hilera de cipreses, de cara al Sur, enmarcando el sepulcro, el macizo de altos girasoles rendidos en su afán de luz, sigue de una gesta imperceptible y perfecta el curso angosto del sol grande.

Los largos pétalos, poblados de un cosquilleo de mosquillas, se estiran impacientes para librarse del ancho disco cuajado de pepitas oscuras y detener un viento que los arrastra más allá, mucho más allá, donde sea...

¡Elia! Yo araño tu rostro, ese rostro maculado por todos mis deseos, chorreante de sangre, de lodo, de baba, encogido por la brutalidad negra del espasmo, abierto como un mango, y que va traqueteando, arrastrando, con mi huida a cuestas, libertándome, sembrándome de un nuevo día, fuera, fuera de este jardín lleno de risas de pavo real, de estas tapias alzadas de un solo trazo por encima de una puerta y de aquellas ventanas, allá arriba, miradas vacías e insistentes, a las que no asoma nunca ninguna señal.

Un vacío absoluto. Mecanismo del vacío. Presa del vacío. Esencia del vacío. Sabiduría, amor, coyuntura absoluta del vacío absoluto.

Y yo te llevo, abierta con una palabra, tirada, machacada por esta palabra que en mí mismo, todos estos días, todas estas noches, las más oscuras, voy lanzando como un rayo deslumbrante sin atreverme a decírtela, ¡Elia!

Y sólo tu nombre en mis labios, leve burbuja reventada, rota... por obra de la inconsistencia de estas paredes, quimeras o fiebres, que *van consumiendo ese blando olvido de lo que fuiste tú, Franz.*

El pavo real se articula en el borde del estanque. De nuevo en plena luz, el ave chapotea, se acerca, como cabalgándose a sí mismo.

Y de pronto, el grito. Espolvoreado de los más allá más descoloridos, rechazando al pavor de las fraguas y brotando para tomar de nuevo ese largo hilo de materia en fusión burbujeante y, sin soltarlo, triturándolo, obligándolo con todo su miserable peso a que nazca, a pesar de todo, de todo, de todo...

A este lado relucen los bosques, deshilachando sus más sutiles dardos de fuego en unos musgos sedosos y reposados, ahítos de un agua verdinegra, pringosa, venenosa, de donde no brota, en escasas fluorescencias, más que una vida rastrera y viscosa.

Y tú, ese «que bate los fuegos incandescentes», encaramado en la más alta luna de esas piedras, en esos instantes vaciados de un simple círculo tranquilo, gritas esa polvareda de hierro y relámpagos por un camino venidero que no puede ser sino verde, de un verde alarmante y claro.

Encerrado en las galas del palpitante cuello, esta monstruosidad real anda con firme andar hacia las sombras más propicias.

Elia, yo había venido aquel día...
Pero, ¿cuál es ahora aquel día?
Yo no sé
Ya no lucho.
No puedo sino repetir su nombre.
Y caminar por estos corredores.
y sentarme en este jardín
o errar por la playa
o perderme en el otero
o desgarrarme el brazo, el vientre, el pecho
contra los vientos, los espejos, los bosques, las arenas,
los fulgores, los movimientos
grasientos o herrumbrosos
de este mundo de hierro
cercado por un mundo de días absurdos
pudriéndose, derrumbándose
en el canto pleno
de un imperceptible pantano de ranas
verdes, verdes, verdes,
y que no se ven nunca
como no se ve nunca nada
sino su rostro
cerrado
mojado de lluvias o de brumas marinas
o chorreando de luces,
lo que es aún más terrible,
más terrible y horroroso
en lo sonoro de estos atardeceres de recorridos,
tropezando al apoyo de esos corredores

de esos caminos, de esas salas, de esos sótanos
de esos desvanes
que abren sobre la imagen de cierta sonrisa
que usted me dio
aquel día, Elia,
aquel día solamente.

*

Tú no te acuerdas, Elia. No, tú no te acuerdas. O si aún te acuerdas, no tiene importancia. Tampoco sé por qué te hablo de esto. En este jardín, al que bajo todos los días a la misma hora a hablar para ti, que estás allá, jugando con tus propios espejos.

También llovía aquel día.

Toda aquella posada, luciente de agua en sus pantanos, en los que la lluvia levantaba miradas de bubas claras en una noche insinuante y pérfida.

Me habían acomodado al calor de la lumbre.

Yo venía de lejos, Elia...; tú no has sabido nunca de dónde venía en realidad, eso no te interesa, Elia; tienes razón, la tienes... y yo me aferro a ti.

Después de aquella caminata, extraviado, errante por aquellas montañas encajonadas y tibias, de golpe, en el profundo valle, aquella aldea y aquella posada en la aldea (las veredas, vacías; las fachadas de las casas, chorreando su agua; una cascada saltando en sus pedruscos hasta mitad de la calle), aquella posada y aquella lumbre, y alrededor, los pantanos.

No ya un silencio, ni siquiera un reposo; simplemente una inexorable succión por todas partes, sin cesar, sin cesar...

Y aquella mesa colocada junto a la chimenea. El jamón, el frasco de vino, el cabrito, la espesa sopa de alubias, los quesos, la lumbre soñando pretéritas imágenes...

La puerta, abierta de repente, y aquel personaje envarado en su capote, empapado de lluvia, seguido de aquella muchacha de pelo lacio tapándole la cara. Aquel rostro abrumado de lluvia, cargado de noche lívida.

Y arrimada la mesa, el hombre desencapillándose del capote con gesto amplio y la muchacha destapando los ojos...

¡Y aquel silencio!

Acá, sólo la lumbre, y allá, la gran canallada de las aguas.

Me acuerdo del posadero: hombre enjuto, empujando las botellas por delante como a compañeros de armas exhortados al asalto..., y el jamón, que abandonaba mi mesa por la de aquellos forasteros...

La voz del viajero, elevándose:

«Don Felipe, para servirle.»

Y a su lado, la muchacha apartando una vez más la oleada de su mojada melena y sonriendo..., sonriendo..., sonriéndome a mí...

«Mi hija Elia.»

Las palabras ágiles, las imágenes reanudadas. Aquel camino recorrido de nuevo. Desde aquellos principios de agosto en Viena hasta este mes de noviembre, en que me hallo aquí.

Don Felipe, oponiéndose a ciertas nociones que me son tan entrañables y apartándose de otras con su risita breve.

Luego aquel café tan oscuro, servido en cubiletes de plata grabados de extrañas figuras animales.

Don Felipe, invitándome a su casa, a vuestra mesa...

Y yo, buscando ya la mirada de usted, extraviada, vagando, como ya lo sabía yo, por la tristeza de estas brumas de por aquí.

Por fin, aquellas altas copas de espeso y pesado cristal en que se esconde a veces la redonda voluptuosidad de una burbuja, llenas de un licor denso, azulado, fuerte.

Don Felipe, hablando de antiquísimas carabelas, y el posadero, arrinconándose, con vergüenza, en el recodo de la puerta esculpida.

Luego usted, Don Felipe, con sus irónicas preguntas acerca de la Viena de entonces, y yo, hablando..., hablando, buscando su mirada, Elia.

En eso, Don Felipe:

«Venga usted a mi casa, amigo Franz; le enseñaré colecciones magníficas, perfectas, si es que la perfección puede aún existir.»

Ibamos por los balcones de aquella noche, suavemente mojada; la luna, dando sus bordadas pálidas en el cuerno de un bosque de laureles.

Don Felipe, usted, yo, unidos en una misma claridad, progresando, progresando por la cúspide arenosa, por aquellas dunas huecas, apuntaladas de retama. Don Felipe, muy erguido; el capote, ligeramente echado hacia atrás, y tú, Elia, insinuante, flexible por entre las matas de hierbas tiesas. Sin hablarnos, caminando así, en el crujido sordo de nuestros pasos.

Lejana, una playa apagaba sus rumores por detrás de una hilera de tamarindos.

Yo iba en aquel silencio derribado, escuchando desde dentro el clamor de los ríos que fluyen, dispuestos a todos los desbordamientos, a todas esas rompientes a las que no podré sustraerme. Todo aquel mar de agua, aquella imbricación de agua acumulada desde la noche de los tiempos contenidos dentro de mí en esas cuadrículas confusas de una memoria incierta. Apenas presentida en escasos momentos. Roces blandos de presencias, tan pronto dejadas atrás, rechazadas. Visiones fugitivas, fragmentos de visiones, fugacidad blanda de los sueños; todos ellos unidos de repente, asaltantes, dispuestos a los desbordamientos, ya en marcha, y yo, acompañando sus huellas, avanzando hacia usted.

Nos detuvimos en aquella casa triste, alumbrada por faroles de cobre, en donde nos dieron caballos.

Usted se marchó delante, Elia, a galope, y pronto, delante de nosotros, no hubo más que el redoble del galope de su montura.

Yo montaba mal. Don Felipe permaneció a mi lado.

«Deténgase, amigo Franz.»

Muy remoto, el grito sibilante de la lechuza.

Tres veces contestó Don Felipe con silbidos cortos, apagados entre los labios.

De repente, desde lo alto de la duna, descubrí el pueblo acurrucado al pie de la casa. Los cristales brillaban con un fulgor suave, y en un cristal, un destello de luna hacía las veces de candil...

No, tú no te acuerdas, Elia. Y no sé por qué vuelvo a repetirte esto. Como si pudieras estar aquí, escuchándome, y no allá, aferrada a tus vagabundeos secretos, significando no puedo imaginar qué órdenes a qué universo mineral o vegetal.

Don Felipe, viejo buho, emboscado detrás de no sé qué ventana, atrancado junto a su armada de libros y su tropel de aves muertas espiándome a mí, su buen amigo Franz, confidente de las revelaciones hueras sobre la Gran Toscana, testigo de las aventuras mejicanas y de otras muchas, contemplador nocturno del bloque de cristal.

Como si Elia tuviera necesidad de su quisquillosa vigilancia y de sus manos ganchudas para librarse de lo liso de esa palabra que ya no puedo ahora formular.

El pájaro está encaramado en la rama más baja; la cola, tiesa, pringada de óvalos abigarrados, que se desportillan en los bordes mustios de las plumas.

Redondo, vacío, triste acaso, el ojo amarillo mira fijamente a su «amigo Franz» con toda su altanera paciencia.

Va a tardar al menos una hora en cabalgar la rama superior. Luego volverá a caer, ágil y altanero y de nuevo inmóvil; seguirá en su pérfida observación, vuelta apenas la cabeza.

¡Elia! Vuelvo a andar mi camino, a subir mi camino hasta aquel remoto día, te acuerdas, al amor de la lumbre, aquella sonrisa, ¡aquel estallido furtivo de la sonrisa!

He ido buscando desde entonces tu mirada, tus labios, tus cabellos, tus manos, jugando con el hilo de los minutos; tu cuerpo, enderezado o reclinado, y la igualdad de las palabras empleadas, anegadas de pronto en aquel silencio sobre el que de repente se cerraba la casa.

¿Antes, Elia?

Era una ciudad, grande o pequeña, una animación de catedrales en día de fiesta, con sus cardenales, sus canónigos, su cabildo, sus clérigos, sus predicadores, sus confesores, sus exorcistas, sus catequistas, sus catecúmenos, sus sacristanes, sus maceros, sus frailes, sus monjas, sus hermanos legos, sus curas párrocos, sus fieles, doblados, plegados, petrificados, apresados, aplastados en la misma tierra espesa y rutilante y fangosa y avergonzada y trémula y estrepitosa y belicosa y desgarradora, humilde, orgullosa, miserable, vomitando oros y perfumes, resplandeciente de potencia, restallando de *mea culpas...;* una ciudad pequeña, pequeñísima, o una población enorme, erguida sobre sus espolones de piedra, de papel, de oro, de sudor, de lodo, de risas y de llantos, en la confusión lagrimosa de los grandes trenes cuando arrancan, de los tranvías, de los metros, de los coches; toda la chatarra movediza, doblegando, arrastrando, llevándose por sus canales toda la carne doliente o gloriosa. Sala por sala. Casa por casa. Subterráneo por subterráneo. Biblioteca por biblioteca. Teatro por teatro, en el tormento de cuerda general y organizado de una muchedumbre grande o pequeña, sedienta, chillona, vocinglera, hambrienta y pasiva!

Así estaba yo, Elia. Mirando hacia aquellas moléculas descarnadas, despiojándose, paseando sus envidias, sus esposas y sus críos. Atónitos, chirriando de una rabia latente, dispuesta a desencadenarse al amparo del próximo grupo, hostigando la carrocería del viejo camión leproso que embotellaba el coche del niño y el perro.

Dulzona muchedumbre, Elia, que tú no conoces, yendo y viniendo, bajando y subiendo, abriendo su vacío idiota, apartándolo, haciéndolo relucir ante las miradas, encerrándolo, mimándolo, abriéndolo de nuevo con gesto abúlico y presumido, como la madre destapando la cuna en que descansa ese residuo de sí misma.

¡Y las miradas, Elia!

Cosidas. Despedazadas. Encadenadas. Rendidas. Roídas. Huyendo de la floja huella de las aceras en busca del más pequeño agujero en que esconderse.

¡Así estaba yo, Elia! Sentado en aquella ciudad, escuchando lo inaudible, mirando lo invisible, escarbando en aquel rebaño vacío!

Remontando al anochecer las márgenes del río, al encuentro de aquellos muelles, pudriendo una fiebre de hombres castrados.

¡Una ciudad lucida, Elia, lucida y hermosa!

Los arroyos, acarreando flores, y los niños pobres, saludando finamente mientras pedían limosna.

El corazón por estallar, Elia, y el corazón y el alma, que no pude salvar sino fracturando las santas vidrieras, reliquia y gloria de aquella catedral.

Los tranvías, desparramados por la ciudad como una red umbilical, cavando, perforando, abriendo aquella tierra, en la que ya no nos atrevíamos a poner los pies.

Digo nosotros, Elia, pues éramos aquellos compañeros arrojados a la misma llama, conducidos hacia la luz del día, arrojados a la noche por aquellas manos infames que no conocíamos, Elia, que no habíamos visto nunca, Elia; que para nosotros sólo tenían un nombre: sociedad y varios apodos: religión, familia, patria, trabajo!

Aquel día, a las doce, bebí en compañía de Leonardo.

Llevaba un periódico en la mano; ¡pobre Leonardo!

Bebimos a la salud de no sé qué aniversario o qué pavada.

No dijo nada. No me despedí.

A esos países no se regresa.

El tren, en su vidriera de estación, silbaba sus vapores sobre un asfalto negro.

Me subí al coche.

En aquel departamento, una mujer pelirroja cortaba rebanadas de pan para su familia: un hombrecito endeble y tres hijos raquíticos.

Me senté...; lentamente, lentamente, el tren arrancó, estallando para mí el primer silencio de aquella ciudad de mi infancia.

Ahora está a mi lado, remangando el espacio con su cuello largo, enredado en sol. Pájaro descomunal remedando los tamaños del hombre y abriendo de repente la rueda, moviendo esa amplia imbricación de plumas, diferente, roído, pulido hasta la trama; extraña sabiduría en sus adentros, allá, pringosa, enligada, cogida a la vida de los hombres. Arrullando, cloqueando, tosiendo en la suavidad imper-

ceptible de los bojes un canto mordido de imágenes que ya no son, que ya no son nada...

En espera, Elia, en espera, el enorme pavo real, erector de la fuerza de su ser, de su afán, desconocido de esa potencia, avalando la noche...

¡Y yo me vuelvo hacia ti, Elia!

Aquí, en este bosque, la gredosa sabiduría desmoronada con un movimiento de pinos, batiendo con flexibles ramas un universo de olas arenosas.

¡La monstruosidad solar, desparramada en los alrededores y quebrada aquí en facetas angostas, movedizas, inasequibles!

«Con el corazón en ristre
él se iba abriendo la noche»
Yo no voy
Yo extiendo mi quimera en el suelo
la vuelvo a dejar
la despojo
la abandono...

Abandonado yo también, arrojado a esos límites polvorientos de tierra y de aire.

Lo inconsumado. Lo inconsumable, enlazando su danza reptiliana con este tiempo...

Tiempo perfecto, cerrado, evitable, aceptado...

El contorno de las montañas, por debajo de la cabeza echada atrás un areópago roto, piando cara a la luz una sombra de libertad recobrada al azar, al azar de esas tan oscuras riberas, seguidas lentamente, rigurosamente exploradas...

Una canastilla de arañas huyendo por la madera de una caracola de arena, empeñándose en subir por una pendiente, desmoronándose de los mismos deshechos, desbordando de un negro extraño bajo el violeta difuso de este atardecer, corazón en vuelo, corazón latiendo, corazón triturado, roto, aplastado y recaído...

¡Las inefables mosquillas! y ese deseo en las formas de la araña para agarrar, agarrar y triturar, engullir, nutrir, nutrir y morir.

La carrera de los chicos en la playa. Juegos de escondeluces y de socarronas sombras. Guijarros. Lanas envueltas en papeles. Pelotas. Todo ello tirado a las fauces del espacio.

Vereda arriba, en la confusión de sus escalinatas de piedra adornada de flores pesadamente alineadas.

El ocaso plasma sobre los postigos esa sombra más ovalada, verdosa casi, y allá arriba, bajo las tejas genovesas, el «quebralechos» de las golondrinas, prorrumpiendo, piando sus rodeos y consumiendo en un virar de ala ese alto de cielo todavía ardiendo.

La casa, allá encima, y sus jardines acurrucados, encajonando los últimos rayos de sol en que se pavonea ese pavo real, lívido en sus fulgores.

Abandonado, abandonado al vacío de esas horas tropicales, engrosando con sus tupidos rojos, con sus profundos azules, con sus ocres violentos, un día, un día más, adormecido y mudo.

Revenu de guerroyer,
Tout étendu sur le pré.

Don Felipe, en los rosales allá, detrás de aquel seto vivo, cuchilleando, cortando, podando, cantando con su delgada voz, seca y parlera, entreteniéndose en mil rodeos de manos en las zarzas, a hilo de garganta sinuosos en el declive purpúreo y mosquilloso de este día.

De este día, en el que avanzo, forando, desafiando las locas sombras de pasado, de presente y de porvenir reluciente.

¡Ridículo, Franz! ¡Ridículo!

¡Acuérdate de los tranvías!

¡Acuérdate de la estación!

¡Acuérdate de la Facultad!

¡Acuérdate de los compañeros umbrosos!

¡Acuérdate de aquellas veredas!

¡Acuérdate de los cafés!

¡Acuérdate de las chicas!

¡Acuérdate de aquellos corredores bituminosos untando la ciudad!

¡Ay, Franz, no te acuerdes más!

¡Emerge!

¡Elia!..., ¡¡¡a tu zaga todos los polichinelas!!!

Don Felipe, requiriendo la rosa.

«¡Ay, Franz..., mi amigo Franz!

Mire: ¿quiere usted sujetar esta rama?... Gracias, Franz...

¿No ha visto usted a Elia?»

Y ese ojo, esa mirada de reojo, declinando todas las horas, todos los minutos, todos los segundos de este día...

No, Don Felipe, no he visto a Elia. Ni a nadie. Ni nada moverse. Sólo ese pavo real, el absurdo otoñal de ese pavo arrojando su teatro por encima de los cipreses; ¡a nadie, salvo a ese pájaro, don Felipe...! ¡Si no es la sombra de usted espiando tras los postigos!

Regresamos por la calle de las azucenas, esas flores pegajosas y fofas en su incongruente rigidez. Don Felipe, apoyándose en su corto bastón de caña, cerrado en su silencio de escucha, atento al menor rumor, ausente y manifestándose de pronto con un breve ademán sobre la rama, tronchando con una podadera chillona.

«¿No quiere usted tomar algo, Franz?

Elia no tardará en volver.»

No tardará en volver... Le odio, Don Felipe, metido en su pequeña libertad seca, ironizando sobre este tiempo de Elia y mío, sobre el de estos días, de este jardín, de esta casa...

Don Felipe sirve el pesado anís grisáceo. Por la ventana se enmaraña el vuelo combo de las golondrinas. A pasos menudos, Don Felipe sigue con su ligera cojera. Más acusada hoy.

*

Las copas, la botella, el agua fresca, las aceitunas...

En la pared, el retrato azul de aquel antepasado, cabalgando en un caballo negro resplandeciente de espuma plateada.

Don Felipe renqueando, gruñendo de satisfacción en la selva de sus frascos, cuya suave somnolencia reluce en el fondo de la alacena.

Yendo, viniendo, volviendo, y, por fin, sentado, extrayendo trabajosamente del bolsillo, el paquete de cigarrillos marchitos...

«¡Pues bien, Franz!»

¡Pues bien, Don Felipe!

¡Un eco todo esto! El corazón retorcido como el pulpo encallado en la playa, esperando, esperando la ola que lo arroje al mar o la mano que lo devuelva a la tierra, a la muerte.

¡En conciencia! ¡En toda conciencia! Ese rumor, ese vaivén de las copas, los pesados jarros de agua, de anís, los cubiletes de hielo.

Esa imbricación de sonrisas, de recuerdos de preguntas en labios de Don Felipe.

¡Esa presencia de Elia! Habrá vuelto, no habrá vuelto... Esa presencia errando en la semblanza de nuestros vasos, esa presencia descosida, fuerte, alejada, indiferente, apasionada, errante...

Pero ¿está usted pensando en Elia, Don Felipe, o en sus veleros?

En esa mar presente o esa mar eterna que lo tambalea, rechazándolo, arrastrándolo sobre ese azar de bazar, en donde yo, Franz, no soy sino el que rompe, el que apresa un flujo reflujo en el espejeo de esas alas por todas partes dispersas.

Y, por fin, ya viene Elia.

Presente de súbito, con el cabello claro, buscando una copa, sirviéndose y el triple «buenas noches».

*

En la ventana discreta desenredamos nuestras voces, ahora esparcidas por la playa, allá abajo, imbricándose a aquellos oleajes de sombra, golpeada de luces de luna, enojándose, desgreñándose, entreteniéndose en ese juego de noches y de ruidos.

Volvemos a subir por la carne primera de ese caballero, el del cuadro, sombrío personaje, enligado en las ciénagas en que penetra la armadura.

Una extensión de agua cuajada de delgados juncos, en donde chapotea el hidalgo, cuyo nombre hemos perdido al correr de la tarde.

Don Felipe, enfrascado en el viejo capote, cuida de la continuidad de la historia que Elia derrama en flexibles chorreras por sobre una tierra que yo quisiera apremiar y coger.

«Aquella noche, pues, dice Don Felipe, él recorrió el campamento. Y viendo a los hombres dormidos y no pudiéndolos despertar, se volvió a su tienda, llamó a su escudero y revistió su armadura.

En eso se fue. A la avanzada de los centinelas estaba esa ciénaga que ve usted por debajo, pintada ligeramente, con sus campaniles de cañas y sus islotes de juncos.

En derredor se esparcía el enemigo, dormido también sobre aquel amanecer último. Amanecer de batalla, hacia el que, desde hacía ya varios días, refluía tanto hidalgo sediento de roja sangre.

Pero en aquel momento aún, el espejeante silencio de una luna ampliamente clara sobre las extensiones graznantes que habían sido exploradas la víspera.

Así iba él, pesadamente armado, hundiéndose algunos metros en la ribera entre los juncos, apareciendo, como puede usted verlo, en este cuadro, sobre la desnudez lisa de las aguas, luciente de noche y presa ya del día venidero. Significación primera del futuro combate y buscando esos vados por donde la caballería...»

«Significación no, decía entonces Elia, empolvado de inmenso hastío más bien.

Mírelo, padre...»

Y de un gesto amplio iba dirigiendo el haz de una linterna sobre el lienzo débilmente alumbrado por el temblor curvo de las palmatorias.

Una mirada fija, alzada hacia adelante por debajo de la visera de un casco de bronce, se incrustaba en la hondura lejana de aquellas orillas en donde estábamos nosotros, espectadores indiferentes, cinco siglos más tarde y una copa en la mano.

«El va, no lo comprenden ustedes —seguía diciendo Elia—; él va en busca de lo que pudo haber sido, de lo que le habían prometido.»

¡Oh! Claro que de modo ambiguo, desprendido, irónico, sin duda, pero que vuelve a batir en esta víspera de batalla en compañía de la muerte incierta sobre esas horas, esos días despojados de toda resonancia desde cuántos meses, cuántos años atrás! Sí, él se va, al encuentro de sí mismo, corriendo sus ínfimas medidas de ensueño, tan bien alineadas y seguras antaño...

Don Felipe se yergue, soplando sobre el largo cigarro, a medio apagar.

«Elia, querida hija, eres tú la que sueñas ahora. Magnífico alumbramiento del genio nocturno es el sueño. Pero no puedes ir así, a la contra, a la contra de la Historia, que te confirma este cuadro. Mira, Elia: los ojos cuadriculando lo negro con la esperanza de una conquista de arenas bajo las aguas en donde hincar el pie.»

La risa de Elia. Ese susurro ligero llenando las habitaciones... De sala en sala, divulgándose, repercutiéndose, susurrando, rebotando, estallando en las más sutiles brechas.

«¡Mire usted esos ojos!»

La linterna balanceando su luz blanca sobre el rostro, apuntando en derredor ínfimas manchas negras, alineaciones que el pintor hubiera deseado fosforescentes.

«¡Sí! ¡Mire usted esos ojos!... No comprende usted esa pregunta sobre el muro de las aguas, de las aguas heridas en la noche y que, más allá de las voces, aún pueden hablar...

¡Qué lejos, padre, está la batalla!... Mañana, al amanecer, usted lo ha dicho; los campamentos, a uno y otro lado, duermen con profundo sueño; usted lo ha dicho, usted lo sabe, no hay salida hasta que despunte el alba; los caballos pasarán por donde deban pasar y los hombres seguirán; por esa ciénaga no habrá sino un alba de cantos de ranas... ¡Padre, despierte!»

Elia, agresiva, erguida contra la ventana, alejándose del cuadro, la copa en la mano.

El hombre del cuadro mirándola, personaje lento, y poniéndose en su lentitud inmóvil a andar a su encuentro...! ¡A tu encuentro, Elia!

Don Felipe, con la cabeza un poco inclinada al apoyo del sillón, ensimismado en sus tipografías guerreras, desbordando el personaje, las ciénagas con un ojo sereno, asegurándose de un lugar de tierra firme en donde maniobrar una caballería pesada en medio de una infantería indisciplinada y chillona.

Luego, incorporándose:

«¡Franz! Díganos lo que piensa...»

Ya te veo, Elia, por encima del hombro de Don Felipe, cogida a ese juego ridículo, desbordante aún de la espuma de tus olas, de tus correrías de arena y tierra, los ojos a medio cerrar, y bajo el hilo afilado de los párpados, esa mirada que lentamente, lentamente, allá abajo, en sus juncos hace retroceder al jinete del cuadro.

«¡Conteste, Franz!»

No es sino un deseo tumultuoso de los labios, la sorda exclamación de un cuerpo desgarrado contra este día.

Voy tropezando en esos derredores de plumas erguidas sobre las plantas solares, tropezando en esas imágenes del día encogido, tropezando al paso de esas voces ya conquistadas.

¿Qué contestarte?

¿Qué contestarle?

Las palabas restallando, contorneándose, evitándose, desmelenándose, resbalando, deslizándose en la sencilla cabalgata de la lengua amorosa.

¡Elia de las trampas!

¡Elia de las evasiones!

El corazón para estallar y la boca amarga.

No sé.

Esa mirada: el caballero como loco en su espejo de pantano.

Don Felipe, vuelta la cabeza hacia otro lado, hacia mí, el ojo avizor.

Tú, Elia, a tu ventana, dispuesta a no sé qué estallido impetuoso de los postigos. Y esa mirada tuya, esos ojos tuyos, más y más imperceptibles bajo el arco cerrado de los párpados, sujetándome, obligándome a subir, a subir, a pesar de todo, a lo largo de este lienzo, de esta historia, de esta ciénaga, de este guerrero que me importa un comino, Elia... Elia... y tú no comprendes, y tú sigues esperando en tu tormento de ventana.

Pienso en esos huecos de los árboles, Elia. De los sauces cortos y achaparrados, en donde anidan tribus de búhos. Todo ello negro, absolutamente negro, con ojos inmensamente abiertos, amarillos y verdes, que rompen el silencio, que rompen la ausencia, que rompen

la juventud, que rompen el combate, que rompen el siglo, el día y la muerte...

Y yo me destrozo en tu silencio de tinta.

«Elia, pienso que todos tenemos hambre.»

*

En su marco el personaje se agita: gesticula, deslustra esta noche, al tiempo que débilmente se ponen a chapotear las oscuras aguas de la ciénaga.

La casa silenciosa. Las maderas crujen pesadamente en el óvalo de las salas. Unos pasos menudos, furtivos, se apresuran allá arriba, bajo las azoteas.

La cama gimiendo. Los almohadones, demasiado altos, demasiado hinchados, demasiado acogedores. La colcha, roja. La mecha, demasiado negra en la llama demasiado alta, demasiado grana sobre ese amarillo que gotea de cera blanda.

El personaje no cesa de agitarse en esta mitad de sueño, roto, quebrado y que me acosa, me oprime, impide todo movimiento, chorrea un sudor espeso y pesado, pringoso, amargo. Agua reptante: Viva. Las ranas callan. Cogidas de nuevo en las redes de un verde paroxístico. Los juncos lentamente se apartan, lentamente, lentamente. No pasa más que el viento negro, que lentamente se enrolla en las charcas de las ranas de un gris de acero. El personaje abre la boca y ya no hace muecas. Sus ojos son azules; trata de levantar el brazo; el viento recae, corre, los juncos se cierran, el estanque se apacigua..., se apacigua...

El sudor chorrea. El edredón resbala. Las almohadas se hunden. La vela chisporrotea; un charquito de cera se esparce velozmente por el zócalo de piedra.

La casa, silenciosa. Abandonadas las persecuciones.

Levantarse. Andar. Andar como el que huye, librarse, abandonar, volver a los desvanes, a la selva oscura de los desvanes, despejar el cielo de las cortinas de vidrieras, de esas viejas cortinas de terciopelo carmesí, apolilladas, podridas.

Dejar esta somnolencia, este miedo, estos rostros, encontrar a Elia, volverla a encontrar, hablarle, no esperar más, sobrepujar, sobrepujar, sobrepujar...

Las escaleras se cargan más y más de un gran peso de azul oscuro. Subimos. Los pasillos se añaden a los pasillos, pasando indiferentes ante esas puertas cerradas, canceladas, con sus cerraduras rotas, pero cuidadosamente clausuradas por macizas cadenas mohosas. Desaparecido el miedo. Insomnio ridículo. El personaje, en su marco, otra vez en su ausente indiferencia.

Dos escaleras disponen de este cabo de pasillo, que aquí termina en rotonda. El azul de la noche, cada vez más profundo, difunde, no obstante, una pequeña claridad. Ya estoy acostumbrado a lo nocturno de esos paseos. Escalones crujientes. Don Felipe errando tal vez por su lado... Imagino nuestro encuentro:

«¿No duerme usted, amigo Franz?» Y sigo caminando sin contestar. Me cruzo con él en mis rodeos. Lo ignoro, y él prosigue también, su viejo infolio bajo el brazo, su aliento, sólo su aliento, aún perceptible un instante.

Escalera izquierda. Rellano. Escalera. Rellano... No he venido nunca por aquí. Esta escalera parece trepar por la muralla misma. Los peldaños ya no son de madera, sino de piedra; en cada rellano desembocan varios corredores, túneles oscuros. Subo, sigo subiendo, por las buhardillas que horadan a trechos la muralla, la claridad de un cielo por detrás de las estrellas, y el último rellano cerrado de un barandal de madera crugiente, desvanes desconocidos, acunando sus tiesos olores, secos, vetustos. Obscuridad absoluta, prosigo con lentitud, los brazos batiendo blandamente alrededor de este cuerpo que de repente deja de ser mío, extraño, cierro los ojos, me hundo, me apoyo más firmemente en este escalón. Bajo los párpados, se encienden pequeñas escamas luminosas, eso significa: vengo, vuelvo, regreso.

Sigo andando: sí, extraño, cada vez más extraño: ¡soy yo ahora quien me reconozco! ¡Los olores más precisos, más sosos, más serenos también; ¡Franz, ya estás en los tilos de tu infancia! Una opalescencia más allá de los párpados, abrir los ojos, si es que aún es posible! Sí, es posible y desde el tejado la luna se echa abajo con gran estruendo!

Este cuarto es espacioso. Cubierto de baldosas rojas, cuadradas, barnizadas. Las paredes altas. El techo fuertemente armado, reventado de anchas buhardillas rectangulares. Tendencia a cerrar los ojos de nuevo, pero toda esta luz ahora me deslumbra.

Este desván debe comunicar con los otros: voy a encontrarme cerca del gabinete del cristal, dar con Don Felipe!

¡Ruido!

Y de pronto siento miedo: agarrado de súbito por la nuca y violentamente. De nuevo la resaca del sudor. Me acurruco en un rincón. La luz progresa, progresa, lo invade todo.

Alguien anda, huye a mi derecha, no, no, el tiempo pasa, gotea con mi sudor, he debido beber, beber mucho, o soñar, o agitarme pesadamente bajo este edredón que me ahoga, hace frío, el frío de las paredes, el frío de estas baldosas atrozmente rojas, atrozmente barnizadas.

«Las aguas profundas del Danubio se irisan de lentejuelas arenosas.»

La frase va y viene.

Elia, tengo que encontrarte, hablarte, enjugar este silencio que por todas partes fluye, y suavemente, suavemente, intercambiar lo claro, lo verdadero de nuestras voces.

La angustia se aplaca. Puedo seguir andando.

Esta sucesión de desvanes no termina nunca de desplegar su vacío pavimentado de chapas lunares y de sombra. Todo está hueco, silencioso. Allá arriba imagino el envés de este techo; el tejado, sus tejas salpicadas de musgo de varios colores. Algún día habrá que subir allá arriba. Coger uno de los microscopios del viejo, inclinarse sobre

la inmensidad de ese mundo vegetal, perderse en él, y encontrar a Elia.

No quiero pensar más en ti. No pensar más que en mi fiebre. Esta fiebre vegetal mía también, y mineral y acuática, qué sé yo. Alejarte, Elia, y al mismo tiempo alejarme yo. Alejar estos pasos que rondan tu sueño (¿será aquí, debajo justo de estas losas en donde estés descansando? Sí, cada una de estas baldosas, una losa, un juego de ajedrez sin continuidad hecho de losas rojas, y debajo, tu reposo, tu sueño, la agitación turbia de tu memoria, debatiéndose en el agua de los sueños!).

Más bien encontrar a Don Felipe. Espiarlo. Sorprenderlo. Lanzarlo. Hostigarlo con gritos largos, perseguirlo, dejarse caer y aniquilarse en el fondo de uno de esos corredores que ha de conducir a algún sótano, mazmorra, subterráneo, seguramente tan inmensos como los desvanes.

O simplemente esperarle y decir: «Don Felipe, tengo que hablar con usted.»

En eso, el ligero desconcierto blanco en sus ojos. El ligero respingo del labio superior, una corriente imperceptible agitando débilmente una greña reacia sobre la frente, y el rostro que se compone poco a poco en torno a la expresión de sorpresa.

¡Vaya! Un arcón.

En el arcón una zorra disecada. Apolillada. Vuelve a caer la tapa, sacudiendo con gran estrépito los herrajes desgastados.

Sentarse. Fumar un cigarrillo. No pensar. Don Felipe en su cama: él también debajo de una losa como esta zorra debajo de la tapa, y yo Franz, el bueno de Franz, debajo del tejado, y el tejado bajo la luna, y la luna debajo de nada...

Volver a mi cuarto, tratando de evitar la sala de los cordajes en donde uno se enreda siempre de modo grotesco ya que no peligroso.

Elia se aleja, se aleja, se aleja...

Don Felipe... Polvo de Don Felipe!

No pensar más que en los peldaños de esta escalera de hierro, crugiendo el eje de sus escalones mohosos sobre el eje mal estibado, y recobrar el sueño más profundo...

*

Salgo de estas noches como de una turbera. La cabeza llena de cascotes mal lavados. La boca llena de escamas. El oído amargo.

Retumbando de sala en sala, oigo la voz de Don Felipe invitando a los gatos a que se encierren con él en la biblioteca.

Acuchilladas, las nubes corren con el viento del alba.

Elia se habrá ido sin duda.

«Les en voulez vous garder
«Ces riviéres de courir
«Et grues prendre et tenir
«Quant hault les veez voler?»

ya no la veré hasta la hora de la cena de la que me separa el furioso latir de estas horas lentas.

Horas para estarse no en la sombra sino en la luz salvaje de Elia.

Luz cegadora anegando esas leves opacidades que prestan a cada segundo la fugacidad de un reflejo.

Elia incomprensible. Elia de maravilla. Elia fulgurante, y yo ardiendo como un carbón encendido en el vértice del ámbito solar.

En la completa inmóvil fuerza de esta hoguera, oigo todavía, por debajo, en las frescas cavernas, el murmullo de las fuentes.

¿Y después?

Vuelvo a subir en contra de un viento de cencerros, gritando, aullando, oponiendo, pero ya el viento me ha desbordado, por todas partes, por todas partes...

Los azules únicos de este día de hoy, parecidos a los azules únicos de ayer, se agarran a idénticos recodos de boj negro, borrando, esfumando con cuidado toda la trama que, en estas vueltas y revueltas de horas, se desgasta, se desgasta, hasta ese instante del hilo último en que todo cruje... se derrumba...

Por allá va de nuevo ese movimiento carnicero del jardín, limando, limando, relimando y «el bueno de Franz» echado a la sombra de la higuera, mientras que en su lentitud provocativa se aproxima el único pavo real de este verano.

Recobrarse en su memoria. Y recaer sin posibilidad de resurgencia. Ese secreto mecanismo puesto en marcha en contra de las huidas de Elia!

Atrás, todo hacia atrás, y que esos azules se aligeren, vuelvan a los verdes, a los grises rosáceos del alba...

«A de telles droses muser
«Voit-on vols souvent servir:
«Les en voulez-vous garder
«Ces rivières de courir?»

¡Sí! Los tilos frondosos de aquellos jardines en que de niños pasábamos nuestras vacaciones. Fue ayer y ahora estamos otra vez en este día de hoy.

Atestiguando que estaríamos siempre así, vosotros y nosotros, cara a cara, mirándonos en la inconmovible huida de los días, pasados y por venir.

¡Tilos, tilos grises, tilos en el fondo del prado! Más a la derecha se hundía la punta violeta de un bosque de encinas y, por encima, y arriba, muy arriba, subían los amplios campos hasta los pastos montaraces.

Acá venían los pájaros. Se posaban y juntos escuchábamos el silencio.

Entonces cantaba un pardillo. Detrás de nosotros, sobre el lago, el sol inmóvil.

Aquí detrás de lo dócil de estas imágenes se yerguen arrogantes los tejados.

Aquella noche bajo el brillo de sus escamas iba yo, aquella noche... aquella noche...

Tal vez en este momento esté Don Felipe retrasando su libresco caminar para acercarse al último tajo en que su memoria, la suya, se hunda...

En contrapunto, Elia se desliza por esos territorios enloquecidos.

En su majestad el pavo real se vuelve de lado, la cola como un estilete chirriando un arco en la polvareda.

El tiempo se libera en soplos profundos...

«Laissez le temps tel passer
«Que fortune veut souffrir
«Et les choses à venir
«Que l'on ne sait destourber
«Les en voulez-vous garder?»

*

Cubas. El vino derramado, derrengando su antiguo esplendor de oteros combos, alamedas, vástagos y retoños violáceos. Abolido el mérito. Un sopor de grana manchado de hollín. La incubación lejana de los pozos del arrepentimiento: para acabar en el salvajismo contundente de las aguas del torrente. Un montón de vasos.

Tajado. Confundido. Tullido. Caduco.

Hinchando aun la garganta en su siniestra faz.

El los linderos de una gleba polvorienta la acumulación eructante de palabras volcadas, tan pronto pisoteadas.

En el hueco, en el rediente de las señoriles faces, la enmienda apenas admitida, y enseguida descartada con toda la fuerza de las cabalgatas adocenadas, traqueteantes, sudorosas, desmochadas, que para oponerse no tienen más que este insulto.

¡Dueños de la noche! Dueños de días parejos lentamente desplegados en babeantes carteles... cuando estamos aun oscuramente empleados en este último del *medio* que escupe ese largo, amplio, importante veneno que no podemos por ahora disfrazar. ¡Mixtificar, acaso! ¡Cruzando la mueca con rasgos verticales! Remendando el ojo, rompiendo el oído, arrojando las fauces, los agujeros colmados. Los baches nivelados. Los vástagos degollados. Las formas esparcidas.

¡Seguir! Como seguimos en la ligereza de las arenas del origen. Este mundo que va subiendo. Abotagándose. Se ahueca desde dentro. Hincha. Prorrumpe en bubas y revienta en la contienda de los helechos aplastados, de las canteras abrumadas, de los parques, de las selvas, de las fuentes condenadas.

¿A qué? ¿A cuándo? ¿A qué sueño?

Subimos. Subimos.

La tentación gris tomada a lo vivo del sueño. De un día, de una noche. Y rasgando ese velo apenas perceptible de glauca eternidad.

Desfondados, pues, los huesos. Tensas las avanzadas. El vuelo largamente hecho de hálito y perseguido. En los redientes cogido. Agarrado. Cerrado. Como es debido en semejante batalla. Y los dedos, los pies, las frentes, los vientres, las orejas, las pantorrillas machacados, sesgados entallados, hendidos, descuartizados, todo ello en hondo jadeo, seguro, tupido, consistente, como una ola marina con seguridad traída y siempre, siempre con idéntico movimiento estrellada.

El escollo hecho espuma en este ojo. El sonido reventado contra el corazón. Como de nuevo volvemos. En la tierra. En el sol. En la

sombra misma para morder. Tal vez para brotar y por supuesto que no para pulir, empañar, blanquear, monopolizar. La ola estrellada, dada y tomada, agarrando en el fondo de sus abismos la loca, la delicada, la itinerante descomposición de unas obras cada vez más inclinadas a descubrir lo que no puede... lo que no debe...

Al proceso juntamos el acuerdo de nuestros dedos, empuñados en una gesta más sublime, y por eso nuestros cantos ahora, y nuestras risas ¡Como todo este coro que nos rodea... y que tiene que estallar! ¡estalla!

¡Cómo distancia la Morada! ¡no te alcanzo más que sobre este suelo empolvado! ¡En los sótanos! ¡Como es debido! Sobre esta cuba en que vamos destilando, poco a poco, el hilo de nuestras manos!

Tu dedo ahí y aquí mi mano. Y tu dedo aquí y otra vez mi mano!

La bestia: caballo, ornitorrinco, esfinge, unicornio, vaca, carnero, chacal, se libra de su ronzal de su unicornio, de su caballo, de su esfinge, de su vaca, de su carnero, de su chacal. Todo ello, yendo, batiendo, hiriendo, fulminando lo hirsuto con su hegemonía.

Horadando corazón, horadando mano, horadando pie, horadando, horadando, horadando jardín, todo ello aliado, golpeado por una misma sangre, pez, esencia, complicidad en este metal único y ebrio. Tal vez vino. O esta arena tan fina en el suelo. O bien el tragaluz rematado de estrellas.

¡A virar! ¡A virar! ¡A virar!

¡Así! Y desde la noche a la mañana, y para que todo el mundo lo sepa, este escupitajo hecho charco en la noche de mañana.

Despacio, despacio, tu risa, tu risa presa en la lentitud de tu garganta y desplegada, desbordando ese movimiento del flexible músculo, esparciendo, liberando, liberando aún no sé sabe qué, ni cuándo.

El Girasol en su morada como nosotros en la nuestra. Sin soltar pero siguiendo ahora la hienética línea... la infame línea de las seis de la mañana; y después, después, las fauces abiertas y alzadas, chirriantes en el mediodía y recayendo, recayendo, monstrueco desplomado sobre la noche!

Pero ¿y qué?

Las barricas amontonadas en la sala.

Nuestros corazones, pero no, el contorno sigue alrededor: selvas, ¡yo no te conozco! Ciénagas, ¡yo no te conozco! Montañas, ¡yo no te conozco! Playas, ¡yo no te conozco! Tejados, tejas, caminos, tamarindos, herbarios, búhos, cabras, galgos, y tú, y usted: ¡yo no te conozco!

Y todo este peso que chisporrotea, tiembla, un poco, un poco: el resplandor espumoso anuncia el camino.

*

«El resplandor espumoso anuncia el camino.»

Después de esta borrachera, la luz está leñosa, arrinconada en un cielo sin reparto por el círculo de un sol que nada significa.

Dormir. Reflejarse en los espejos de un sueño inconsistente, tullido de equívocos, con este día descolorido que no logra deshacerse de los gritos de una noche larguísima.

Reemprendemos el camino: «A la una», «a la duna». La locura ahueca las palabras, retuerce huracanes de brumas afelpadas.

Elia ha desaparecido.

Don Felipe no está.

Rompo este silencio en mínimas ramas que a pesar de todo se imbrican y tiemblan, vibrando en escamas de hierro, tiritando en la grisalla de una dureza flexible como quisiéramos que lo tuviesen las veletas.

Corro por sobre esta página arañada de duermevela. La boca enarenada. El corazón en declive. Me pregunto si no valdría más que me muriera. Pero seguramente ya no tengo ni fuerzas para ello. Los grandes galgos derrumbados, los resortes desarticulados. Todo un campo de deseos pisoteados en estas horas, por un pesado paso de cenizas.

Vuelvo a subir lentamente hasta la fuente. Pienso que vuelvo a subir y que es hacia la fuente. Pero vuelvo a caer en esos hoyos gangosos, color ocre, en donde solo se anega la imagen enloquecida de un caballo espumoso, de un caballo de papel. Que lo absorbe todo. La fuente, la subida. A qué demonios darse ahora.

Aquí hay una botella. Bebo. Se puede beber. Es justo beber. Encerrarse en la bebida. Las puertas ya no chirrían. Uno vuelve a caerse. Y todo se descerraja de nuevo en un amanecer que no cesa de ser un amanecer, con sus condenados y sus patíbulos, enmarañados.

Por ahí viene un pequeño tranvía amarillo, haciendo muecas con todos sus anuncios, ondulando por un pavimento mal encajado, subiendo al asalto de una calle salpicada del paso sordo de una muchedumbre activa, deseosa de lanzarse a su búsqueda sudorosa del pan nuestro de cada día. Tiemblan los estribos bajo la impaciencia de los zapatos de cuero espeso bien claveteados. En el frío matutino unas bocas deshilachan vanas palabras que se pierden en el imperceptible susurro de unos árboles, apenas despabilados.

Hay que encontrar sitio ahí dentro. Moverse. Aceptar. Consentir. Consentir dejarse llevar, embanastar, encerrar, aferrar, en este espasmo que como borborigmos echa sus sonoridades laboriosas, penosamente labradas en lo oscuro de esta hambre de día. De un hombre sin salida. La carne es sólo para mañana. Y las carnes una contra otra en el frío de este amanecer empiezan a sudar.

Se propaga una chanza crispando con más violencia las ganas de vomitar.

Ahí viene el vagoncito, callejón abajo en el chirriar ácido de sus frenos.

Un corazón que ha podido volver a latir, a latir hasta reventar, es de repente rechazado, empujado, arqueado en la lentitud de unos músculos blandos que se deslizan hacia el taller.

Seguir bebiendo.

¡La estación! Plazo discreto de las desesperaciones discretas. Marcharse. Volver.

¡Mozo! ¡Tú que no haces más que empujar!

Tu rostro, Elia, en los linderos. Pero ya no veo tu rostro. ¿Es que tienes rostro, Elia?

Beber más y más y más para exumarse y recaer.

Las aves nocturnas suceden a las aves nocturnas, los dioses se pulverizan uno a otro, cruzando inútilmente sus haces de sombra sobre una claridad ahora cuadriculada, por siempre perdida, extenuada, irrecuperable.

Un cencerro lejano se entretiene aún al compás de una montaña para la cual se guarda tal vez una sonrisa. Sonrisa marchita, contraída, apretada de náuseas.

Linaje de granujas. El rostro del maestro de escuela abriendo su blancura lozana por encima del seto de avellanos.

La escuela, esa amalgama de miradas perdidas en los olores a goma y pedos infantiles. Tinta violeta, piso cepillado. Lavado con agua y jabón, pantalones remendados, lápices mascados, tizas, balbuceos inseguros, mapas de un mundo cuajado de estrellas. Escuelas, voy hacia vosotras balbuciendo, pidiendo perdón, gritando mi desgracia, acentuando más aún mi deformidad.

La cara del maestro ha desaparecido. Solo queda el seto de avellanos. Varillas de avellano, de ti de quien se hacen tan buenas vergas. Palizas. Nalgas. Todo ese regüeldo de gomas de borrar en la garganta!

Quisiera levantarme. Qué pringosa está el alba. Seguir bebiendo. Pero imposible morir. Malestar. El jarabe de este amanecer se derrama. Mancha los muebles. Elia, Elia, conocer tus ojos. Con mis manos afinar su negrura. Tomarla, juntarla, quemarla. Escribirla en este papel, trazarla, desleírla, tirarla a la cara de esas luminosidades de incienso, todas en peso de incienso, en palpitación de incienso, qué asco, qué asco, qué asco!

No conocer más estas escaleras. De madera o de piedra. De piedra tierna o de granito. Aquí una losa. Como un tablero de ajedrez. La piedra pesando, reposando sobre la madera, o la madera arqueándose, elevándose sobre la piedra!

Seguir bebiendo, pero el canto de un gallo estornuda sobre este polvo. Ya no estamos atados. Estamos libres, libres, Elia: no poseemos nada.

Don Felipe, baje usted a la bodega. Abra los grifos de esas cubas. Que todo se curve, el rojo, el blanco, esas frondas de cepas que tanto amamos, que todo se anegue, se anegue en la piedra y en la madera! Que los rostros desaparezcan, que los pasos se alejen y no vuelvan más! Que los tranvías se detengan. Que las calles, las avenidas, las plazas estallen de ese enorme peso tembloroso de hombres y que sean, santo Dios, que sean!

Al asalto de esos hierros viejos, de esas piedras, de esos rostros de maestros de escuela, que eso empiece así, que nos den de beber otra vez, al principio, desde el principio, que desde niños se beba, que se baile sobre el vientre de esos chalanes grises que sus olores de desgracia nos dan para que no reclamemos el precio.

Gritemos a la muerte sobre estas livideces de los amaneceres sin amor, sin añoranza, impúdicos amaneceres chirriantes de una humedad azotada de lágrimas.

¡Que maten a los amaneceres!
El pulso, extraño aquelarre, se apacigua.
dice:
con las dos manos, con las dos manos, con las dos manos..

*

Uno se vuelve a encontrar. Siempre se vuelve uno a encontrar.

Las lentas oraciones pasan las cuentas de extrañas lágrimas de sombra sobre las losas del osario.

Cráneo sobre cráneo, el mundo negro se establece, corrido, minado, roído. El color puro en gestación.

¡Aquí todo está borrado! Y este acarreo de cadáveres. Llevados. Traídos. Sumergidos y resurgidos.

Qué queda de tu ausencia, gran santo prometido a las llamas del cielo más puro, sino ese amarillo almibarado del hueso que con las ceras luminosas mezcla el gris de los abandonos del tiempo.

Ya no estamos ni en muerte ni en vida...

Y, a lo más lento de este día que vira, te encuentro otra vez, personaje, tú, anciano que vagas por tu morada, sabedor de tus huellas, proveedor de deseos, ahondando en el gran delirio.

Una casa borracha. Cerrada. Arrugando el ceño.

Ahí, una piedra. Allá la curva de un bosque. Una sala. Una escalera.

Alrededor, la mar enarenada de una minucia de tierra.

¡Don Felipe!

Yo no iré a buscarla a aquella sala que no conozco, o que ya no conozco. Pero sí encontrarla y decirle...

¿Dónde está Elia?

Encontrarte. Derramarte. Ser. Escapar. Reconocer. Huir. Encontrarse.

El vacío. Mi ausencia. La tuya. Deshacerse. Formarse de nuevo a los rumores y creer!

¿En qué?

¡Elia!... esta noche de nuevo, lúcidamente, camino a través de estas salas en busca tuya. Te nombro. Te llamo. A gritos.

Sólo contesta la Abominación del silencio.

Un cuarto, una sala, otro cuarto, otra sala y todo un porvenir de huida y persecución.

¿Por qué Elia?

En sus ondulaciones, el mar bate contra unas orillas de desconocidos deshechos.

Pero ¿qué es lo que se conoce? Ni el bosque, ni el monte, ni las piedras. Y la línea se ahueca en unos rostros extraños.

Pese a esta lenta subida de la penumbra, yo te afirmo. Al balbuceo de mis pasos, al compás de mi brazo que tropieza contra los espesos mohos de las paredes.

Y yo debo encontrarte.

O eres tú quien debes estar aquí.

Esta noche, en este movimiento lento de la noche. El paso que va tropezando, rompiendo estas opacidades poco francas, quebradizas y que ruedan tan bien.

No te diré mi amor porque tú no eres más que Elia, la Elia de mis propias polvaredas, esta plenitud en voluntad de persecución, orbe de mis plenas luces.

Andar. Caminar. Seguir.

Vieja morada de las sombras, ¡alumbrarte!

Y usted, Don Felipe, deslizando sus halos en ese recodo sobre el último escalón, con ese su:

«Franz, amigo mío, mi buen amigo, haga el favor de seguirme, usted se acuerda, sí que se acuerda, amigo mío, la belleza, lo Admirable, el Movimiento... Una noche en que estábamos...»

Su voz, Don Felipe, se pierde en el oleaje de sombras que hace brotar su palmatoria.

La escalera tuerce. La voz sube. Lo rojo de la llama se torna anaranjado a cada recodo del dédalo por el que me lleva a rastras, cogido a su estela.

«No ha venido usted nunca por aquí, ¿verdad Franz? ¡Qué altísima torre! Dicen que fue de atalaya. Pero ¿no está usted siempre atalayando?»

Su risa, Don Felipe, ligereza de estilete rechinando sobre el azul de las pizarras.

Marcha lenta. Hasta la fatiga, voy recogiendo sus grises aceros, esas efervescencias de plumas, esas madejas de humos, esos pesados andamiajes sin espinazo y que viran... viran... en lo irrisorio de esa llama, el largo plazo de esta subida.

Corredores. Cuartos arquitecturados en forma de rombos, con las paredes de un rosa pálido y el ajuar oriental, en donde de vez en cuando luce con un breve destello de aquel fulgor que huye por allá, un nácar velado por tupida telaraña cuajada de escamas de polvo.

Pero usted va demasiado deprisa, Don Felipe, sólo su voz, ya lejana, me guía ahora.

«Franz», dice usted,

y el sordo rodar de las palabras que en usted son rocallosas.

Yo avanzo, Don Felipe. Avanzo a tientas. Tropezando a veces. ¿Qué contestarle?

Estoy presente, eso sí, y Elia tal vez persiguiéndonos furtivamente, riéndose.

¡Ah está usted aquí, en este oscuro boquete!

De perfil es usted como ese pájaro corvo de los jardines que sólo a los amaneceres se entrega.

Inclinado sobre esa puerta, hurgando con malhumorada mano la cerradura azulosa de moho, usted es también ese chacal errante sobre la luna de las tumbas en busca de angustia entre las piedras, la belladona, la jara y el helecho. La mandíbula apretada en una mueca lagrimosa sobre el hueso desprovisto de todo fulgor a no ser el de la luna.

«Entre, entre, Franz... Me gusta hablar con usted en este silencio. Elia está durmiendo, créame, nosotros, nosotros nos acordaremos.»

Un cuarto con cúpula y vidrieras. Abajo, el mar rueda y se derrenga la tierra. Por allá encima, el cielo, sin duda. Burbuja asida a esas murallas y nunca vista. Un vapor húmedo cierra toda perspectiva y se irisa al fulgor de las velas.

«Sentémonos, Franz. Mire, aquí mismo...»

Dos banquetas cubiertas de un apolillado terciopelo grana han sido pesadamente acercadas a una mesa de roble en donde, bajo el hacinamiento de mapas antiguos y de marina, resalta el enorme esqueleto de un alacrán, traído de quién sabe qué expedición.

«Vamos a beber, Franz.»

Usted se dirige al sesgo hacia ese arcón bajo. ¡Hace tantos días que no nos hemos encontrado! Elia, errante, alguna que otra vez, por los bojes chirriantes de un verde inhabitual de rocío. ¿Y usted, Don Felipe? ¿De viaje? ¿Durmiendo? ¿Observando? ¿O simplemente en olvido?

«Sírvase, Franz.»

Un licor espeso brilla en el cristal. Bebemos. ¿Qué sabor? ¿Qué recuerdo? ¿Ninguno? Un letrerito se ilumina en mi memoria: aquel día, a las cinco, una copa de anís, voluptuosos sabores a colinas de pinos, pero no, ese pesado frasco se penetra de muy distintos brezos, no se reconoce nada.

«Franz...»

Usted está frente a mí. Me mira. Tiempo absoluto. ¿Es que estaremos en ignorancia? ¿En repulsa? ¿En ausencia? ¿O recobrándonos?

«¡Franz!»

Tú me salvas de un largo sopor, viejo alcohol quebrado en este retoño de vidrio. Multiplicando los prismas de una luz endeble. Abotagando la lenta abundancia de palabras que no puedo aún cabalgar a mis anchas.

«¡Franz!»

Otra vez el nombre. Mi nombre. Ese que se engarfia en lo más profundo de mí mismo. ¡Una memoria! ¡Qué escasa, esta noche!

¡Sí! En este instante, el disparo en el tubo de una pipa rematada por una flor. Una forma. La sonrisa de una mujer joven, tan pronto desvanecida.

«Franz, ¡vea usted estos puros!»

Un crugir de hoja bajo las yemas de los dedos. Una ligereza amarilla.

Un azul tomado a los negros. Una viruta que huye a lo lejos, ligera.

«¿Franz?»

Aquí estoy, Don Felipe. Le oigo, Don Felipe. Soy su huésped.

«¿Se acuerda usted de Toledo?»

No, no me acuerdo. Ahora ya no me acuerdo de nada. Ni de Toledo, ni de aquellos acantilados gredosos que se yerguen sobre el tiempo de antes. No me acuerdo de nada.

«Sí que se acuerda, mi buen amigo Franz. Sin duda su memoria no le falla sino por costumbre.»

No me acuerdo de Toledo, ni de sus calles, ni de sus puertas. En ningún tiempo. Oye usted, Don Felipe. Yo no conozco más que ese

andar que me gusta imaginar: Elia en las arenas, Elia en el páramo, Elia susurrando con la suavidad del mar.

«En aquel tiempo, Franz, podemos confesarlo, andábamos muy desprovistos y escasos de dinero. Algo encanecidos ya, después de aquella caminata por Castilla. Ciegos, digámoslo también, de tanto viento y tanto sol. Los caballos extenuados. El anillo que llevábamos en el dedo era de poca seguridad. Asidos a nuestra búsqueda, que era —estamos a solas, Franz— nuestra vida.»

Sí, Don Felipe, ¡nuestra vida!

¡Cómo late nuestra vida! Con violencia. En sus discursos, yo me apoyo, me erizo, trato de afianzarme. Y esos caballos tropezando contra las rocas, en las largas caminatas nocturnas.

«En aquel entonces, Franz, vivía en Toledo un hombre raro. Potente. Rico de galas, según creíamos, y de resplandeciente mirada. ¿Se acuerda usted, Franz?» Una torre solitaria en la cresta del peñasco. Guardándola, unos hombres harapientos, hambrientos. Abajo, «el río», torrente fiero, agrietado de remolinos, sucio de arenas. El brillo de un acero antiguo sobre una espada. Miradas locas. Tal vez podría acordarme de aquella etapa.

«¡Franz, acuérdese de Toledo!»

Don Felipe, ¿cómo podría acordarme de lo que no se puede conocer?

Y esa manera de colocar su mano sobre la mía, de acercar el mechero a ese nuevo cigarro, de proyectar su sombra sobre el cristal del frasco y de volver a servirme.

«¡Franz, acuérdese! En Toledo vivía un hombre al que llamaban el Greco. Nosotros lo conocimos. No, Franz, no escape ahora por un estrecho callejón. Y nos dijo, usted lo sabe, Franz: Ya sé que ustedes son extranjeros, como yo. Y nos llevó a su casa. ¡Acuérdese, Franz!»

Yo no me acuerdo, Don Felipe. Usted, como siempre, dice cosas de esas a oscuro viento, a las que yo no me puedo oponer, pero por las que yo voy hacia el establecimiento de Elia que usted ha hecho en contra mía.

«Muchos cuadros, Franz, en aquella casa. Miren como pinto, decía. Aquí verán ustedes unos pequeños rótulos cuya imagen puedo, a petición de ustedes, reproducir. Los mando a los puertos y navegan. ¿Qué es la pintura? añadía.»

¡Oh Don Felipe, yo lo veo a usted en la lentitud de un rostro de loco, reventando el espacio de todo lo que lo cierra, lo clausura, lo aprieta, lo estrangula. Yo lo veo en ese grito del último momento que desde entonces no cesa usted de proferir... ¡Oh, Don Felipe, no me obligue a que le diga, si no en este mismo instante me volvería criminal!

«Sí, ¿qué es la pintura, verdad, Franz? Sino esa necesidad de ser. De asir, de rechazar, de proseguir. Un largo viaje, mi buen amigo Franz.»

No voy sino a la contra de un cantar. De nuestros cigarros brota una espantosa estructura de humo. Le alargo la copa que usted gusta de tener siempre llena, Don Felipe, y que me devuelve.

La querella tiene sus fugacidades lívidas y usted su noche.

«¡Qué viaje tan largo, Franz!

¿Cómo terminar con esta farsa? ¿Olvidarla? ¿Volverla del revés? ¿Borrar los rostros? ¿Cerrar los cuerpos? ¿Doblar las manos, alejarlas? Que no nos agarren más. Que no nos estrechen más. ¡Que no nos tiñan más con lo áspero de sus sueños!

Pues lo que ya está pasado, verdad Franz, no es más que un sueño.

Y, a pesar de todo, mire, vuélvase... no, no es un alcatraz tropezando en los cristales de nuestras llamas. Escuche, vea, usted está aquí en su casa, en su casa, amigo mío, mi buen amigo Franz.»

Su voz, Don Felipe, resbala por el compás del tiempo, de un tiempo seguro pero diluido, apresado en lo sinuoso de esas corrientes, esas aguas que de cielo a infierno no cesan de ser ascendentes, subimos con ellas, cavamos, tropezamos, rompemos, batimos con igual impulso, aquí o allá, tanto detrás como delante de nosotros, todo en sudores, en resbalos, en cuchilladas, en alamares claros arrojando lo oscuro de las tormentas o de los mares.

«¡Ay Franz, Franz! permítame que le sirva de nuevo.»

El alcohol enrosca sus reflejos en reflejos.

Yo le escucho, Don Felipe, y tal vez incluso en ese aleteo que ahora no cesa de pesar sobre el cristal, en el viento que polvorientamente se levanta, y ese brillo chisporroteante del mar, allá abajo, sí, tal vez...

«¡El Greco era amor, y el amor rebeldía!

Y ¿qué decía, Franz, que uno no pudiera llevarse consigo?

¡Toledo, la hechicera! El callejón estrecho ocultando aún mejor el gregoriano canto de unos tesoros que nosotros no conocíamos más que en polvo de caminos.

Aquella casa, Franz, se acuerda, aquella casa perdida, condenada al anatema de la traición, aquella casa deshecha y recogida por él en violento desafío como es debido en remembranzas de sombras para establecer una luz. ¡Ay Franz, qué luz! ¡En un barrizal todavía sonoro reformándose y, lentamente, con aguda mano de viaje, trazando el círculo, rodeando la noche, cavando la lenta desmesura de las tormentas, como un hechizo, Franz, como un hechizo!

Había allí, Franz, en aquella ciudad, toda la claridad del mundo apretada en la profunda noche de las angustias, y después, después...»

Su cabeza, Don Felipe, se va inclinando, despacio.

Una, dos, cabalgándose casi, las olas en la peña al pie de esta muralla no cesan de perseguirse o de perseguir.

Elia, tú vuelves a mí por esta calle oscurísima y fría y, de pronto ese golpe preciso pero que de donde vendrá ... esa hebra de sol estrecha y dura en tu vestido.

Elia, y usted, Don Felipe, perdidos en un pasado de imágenes que me obligan a desplegar.

Lenta memoria. No vuelvo sino a aquel momento en que estábamos, sí, lo sé, apoyados contra la pared de aquella iglesia en el ocre desconchado de las piedras... ¿y qué más?

«En aquellos cuadros, acuérdese de las manos, de la forma de las manos. Separadas, pulgar, índice y meñique, mayor y anular juntos.

Sí, acuérdese, no se ha preguntado usted nunca por qué se hallaban aquellos dedos así ligados y desligados, por qué razón, con qué sentido, oh, ya sé, sí, por favor, ese rasgo fue advertido, incluso explicado de

algún modo. ¡Hubo quien dijo que era una manera de poner su marca! ¡Una firma! Tal vez una manía. ¡Que sólo podía ser así!

¿Una firma? ¡Qué necesidad tendrá de firmar el que con un solo rojo pone su nombre!

¿Una manía? ¿Por qué no una costumbre? Igual de ridículo, Franz, que el deseo de explicar el alargamiento excesivo de los cuerpos por no sé qué astigmatismo.

Entonces, explíqueme usted, Franz.»

Yo le escucho, Don Felipe, camino sobre sus huellas. Pero Elia ha vuelto, lo sé, Don Felipe, está aquí, Don Felipe, y si el mar ahora bate tan fuerte...

«No dice usted nada, Franz. Está soñando, ¿verdad? El sueño es lo propio del hombre, Franz. El recuerdo también, ¿verdad?

Pues sí, Franz, el Greco juntaba el mayor y el anular: conjunción del amor divino y del amor humano.

El Greco, acuérdese —coja otro cigarro y por favor, vuelva usted con nosotros—. El Greco, en aquel faro de sabiduría que era entonces Toledo, era color, era movimiento, era camino, era el establecimiento de una fuerte e incorruptible rebeldía.

Hoy día, Franz, hemos edulcorado la representación que nos hacíamos del hombre de los colores.

El pintor arroja sus colores a la faz de un mundo de tinieblas, de un mundo negro, obtuso, cerrado.

Lo vemos como un hacedor de imágenes pero no como un iniciador de la imagen que es nuestra representación, nuestra percepción, constante de un absoluto de vida.

Así el Greco, erguido en su violencia, hombre de Creta arrojado a la faz de Roma.

El sulfuroso Ticiano lo vincula aún con el árbol.

Miguel Angel, «buen hombre» enorme, escaso de vida, le lanza hacia otros infinitos.

¡Felipe II! ¡El Escorial! Todo lo que crece y cruje en rumor profundo. El amor, el amor, Franz. ¡Franz! ¿Me escucha? De un mundo, el nuestro, que, al fin se percibe.

¡En demonios!

Hyerónimus Bosch, en el fervor de las reales manos. Y ¡Leviatán al fin reconocido, Franz, reventado, ensangrentado sobre el azul de los mares!

Y Toledo, sí, ¿se acuerda usted de la negrura de aquellos hombres, acarreadores de murallas, acarreadores de huecos de murallas, acarreadores del lugar adonde viene a cobijarse el misterio de la noche?

Pero qué misterio, Franz, qué misterio, ¿se acuerda usted?

En su peñón, la ciudad amontonada, batida de vientos y silencios, hurgando sus redientes de agua en las curvas austeras de un Tajo rojo. Ahí hundidos, reclusos y libres aun a pesar de todo, esos hombres que a las ausencias del tiempo oponen el signo de la palabra.

Me llamas Judío, o Moro, o brujo incluso. Caído del más alto roble, en espasmo de verdad, de carne, de dioses centelleantes rotos a la negrura de las luces más oscuras y que estallan, fatigándose por brillar a la lumbre demasiado amarilla de las hogueras.

¿Lo siente usted, Franz, ese olor a grasa, a sangre, ese olor a carne humana esparciéndose por el mundo? ¡El mundo! ¡Nuestro mundo de entonces y el de hoy!

Entonces aparecen las manos. La palabra de las manos. El ademán. La señal. Donde el rojo de una casaca ya no se distingue en la llama, se ve aún brillar el hueso de una mano que despide.

Y el Greco se apodera de esa mano, la agita, la enarbola, la violenta y la afirma, por sobre los planos de color, rojos, verdes, azules, malvas, ocres y negros que no han cesado de ser atormentados en la forma y que no cesan de resurgir.

Y yo, en estos tiempos, Franz, se lo repito: a los dos dedos bendecidores de un dios que no existe pero que no acaba nunca de morir, se opone la unión del cordial y del anular, amor humano yuxtapuesto al amor divino, de esa divinidad que no cesamos de espolvorear.»

Le escucho, Don Felipe. Desde la espuma, allá abajo, me llegan extrañas voces.

«¡Oh Franz, cómo no oírlo, aquel grito! Usted se acuerda de ese cuadro, las bodas de la Virgen, uno de los últimos. José tomando la mano de María o, más exactamente, tomándole el cordial y el anular y apretándolos. El Greco. ¡Franz! Franz, escúcheme. En 1967, aproximadamente, verdad, la expulsión de los moriscos y el cuadro representando la Cena en casa de Simón. Y por encima de Cristo se alza la torre de un alminar y la media luna. La media luna prolongando la cabeza de Cristo.

¿Cómo decir mejor, Franz, esa gran cólera, esa inmensa, monstruosa reprobación en el pleamar de una marea sin brillo que bajo su lento oleaje trastorna, encierra y clausura todas las luces?»

Yo le escucho, Don Felipe, y le voy siguiendo mientras discurre por las callejas de una Toledo no de sol, sino negra, negra como la España de que ahora me empiezo a acordar.

¡El entierro del conde de Orgaz!

¡Usted se ha olvidado, Don Felipe!

El niño (ese niño que dicen ser el hijo del Greco) que con torpe ademán aparta la antorcha. Y no lo diré torpe, lo diré intencionado ese volver de mano que aparta la llama con movimiento altivo, pero hacia atrás, pues lo que está delante, el milagro, no existe.

Nada. Ya no existe nada, a partir del gesto del niño. Todo ha concluido, los santos en sus vestiduras se reducen a las propias cenizas del conde. La tumba abierta se lo traga todo. Aquí termina la descripción.

Sólo perdura el ardiente resplandor de esa antorcha que retuerce la vuelta de muñeca de una mano infantil.

«Toda la ternura, todo el amor, toda la violencia, toda la rebeldía, toda la sabiduría del Greco se irrigan en esas manos arrojadas a la faz de un mundo negro, Franz.»

*

Mire sus manos, Don Felipe, colocadas al sosiego de la mesa. Una de ellas se alza, coge el cigarro, se vuelve, describiendo una curva

mínima. Los dedos ligeramente apoyados sobre ese rollo de tabaco pardo y rugoso, rozan de nuevo el tablero, tropiezan suavemente con la copa, suben otra vez hacia la cara mientras que por detrás, gruesos cortinajes de agua movediza, los cipreses arrollan lo sordo de unas voces olvidadas... Y su voz, Don Felipe, la suya, se aleja, se pierde y a pesar de todo yo la siento acá que se encorva, se dobla, se desliza, se infiltra a través de un aire espeso, por detrás del tiempo, agarrándose otra y otra vez a los hilos que tejen el tiempo.

«Toda en alto bloque, en dureza, en violentísima fuerza, adelantándose, apartándose, oponiéndose, gritándole a la par que la oculta, una rebeldía que nunca ha cesado de erguirle con violencia, de rematarlo de fuego en sus tempestades leonadas.

Mire, Franz ¿se acuerda usted de aquel enano lívido, gran inquisidor de España, Niño de Guevara? Mírelo detenidamente en este retrato en que, goteante de los purpúreos reflejos de sus hogueras, extiende la mano. Sus manos, Franz, más crueles, más espantosas que su rostro. Que son sus verdaderos rostros.

La derecha, que se dirige hacia el suelo, ¿no es una cabeza de monstruo tal y como la ofreciera un Hiéronimus Bosch, no siendo los ojos sino los anillos que adornan los dedos?

La izquierda, crispada, cerrada, recogida sobre el antebrazo del sillón, cavando en órbitas los dos coágulos de piedra de los anillos engarzados que la adornan. Calavera, cráneo lleno de hipos y escalofríos, acechando al calvo poder del tiempo su poder de presencia.»

Pringándose de silencios murmurados, el ámbar acerado de los segundos se agrupa, se amontona. Las palabras, formándose y deformándose, burbujas húmedas y sordas, pesadamente se elevan o revientan.

Le oigo, Don Felipe:

«Esta en forma elegante, oh peregrino
de pórfido luciente dura llave
el pincel niega al mundo más suave
que dio espíritu a leño, vida a lino.

Su nombre, aun de mayor aliento dino
que en los clarines de la Fama cabe,
el campo ilustra de ese mármol grave:
venérale, y prosigue tu camino.

Yace el Griego. Heredó Naturaleza
arte, y el arte estudio, Iris colores,
Febo luces si no sombras Morfeo.

Tanta urna a pesar de su dureza
lágrimas beba y cuantos suda olores
corteza funeral de árbol sabeo.»

«¿No es así, mi querido Franz, como don Luis de Góngora en este homenaje de sepulcro consideraba al Greco sabeo o agnóstico, aquel a quien alumbra la estrella?»

Yo no diré tu nombre sino en ausencia de presencia. Toledo. Toledo la conocedora. Toledo la perseguidora.

En esa senda tirada por encima del Tajo venimos nosotros de regreso, levemente manchados de recuerdo, ese mal de cierto gris en el azul de la noche ciñendo la frente.

¡Muros espacios tirados sobre el cielo hosco!

¡Santo Domingo el Antiguo!

Abril de 1614. La lenta procesión en la trepidación de las voces salmodiantes. La iglesia que golpea las sordas cavidades con los silencios desplomados. Manos que sujetan unos cirios de desgastadas fosforescencias. El golpe de un pesado pórfido que se cierra sobre el pórfido.

El cuerpo cogido, cerrado sobre el grito abatido, sobre el grito que ya no podrá gritar.

Todas las bufonerías de la palabra mascullada, encima.

Un choque, un peso de sombra en lo mate del olor a moho.

Una retahíla vacilante hacia el sol de las plazoletas, resurgiendo, volviendo a la vida.

Y allá, en su camino de reconocimiento, un rostro, unas manos por siempre dobladas sobre el peso de una presencia que no cesa de lanzarse, en violencia, en rebeldía, en claridad.

1619. Como Góngora, Don Felipe, los canónigos tampoco se engañaron expulsando de la iglesia el cuerpo.

A esos remolinos de agua cogida a las rocas, su buen amigo Franz, Don Felipe, se abandona.

*

Remontar todos los talentos para conservar uno solo. Amar en contra de la negrura el estallido purpúreo de un impulso de sangre. Arrancar sus labios a la húmeda podredumbre de las tierras que se fecundan, para darlas a las carnes en la grana que a los muertos se libra. Vivir sobre tu cuerpo, tenerlo, forarlo, brotarlo, torcerlo, columpiarlo quizá a la contra de esa primera sombra que no cesa en lodo de embadurnar el nácar. Avanzarte, tenerte, amarte sobre las puertas del abismo, alcanzarte, impulsarte y vincularte en una corriente que en horas y escolleras, no hace sino tirarnos.

Yo te hablo en ausencia, en el rediente de una tierra desechada, apta sólo a los alumbramientos del número. Te hablo desde un silencio de huida que en su humedad no cesa de hilar esos débiles hilos que uno estira desde tan lejos. Apoyado a la sima, con dos torpes dedos yo me ensaño contra esa señal depositada para que allá, dondequiera que estés, en lo profundo tal vez de una luz de oro, tú te resientas también de tan breve llamada.

Ay, Elia, ya no estás... Yo te esperaba esta noche detrás de la puerta y por ti he hecho este lento recorrido en la oscuridad de los corredores.

¿Dónde estás, Elia?

Don Felipe, encontrado ayer de paso en la sala de armas, se inclinó levemente.

¿Hablarle? ¿Qué me hubiera usted dicho, Don Felipe?

Estoy en esta alcoba, en lo profundo de esta tela de sábana. Saboreando la esencia de mi propia saliva. Revolcándome en una hoguera de músculos...

Esta mañana yo estaba en el jardín. Engañando la espera mediante pequeñas tareas en la alberca. Unas aguas con tapa de plomo. Apenas, por debajo, la llegada de un ligero monstruo, renacuajo ensayando locos cruces de luz y sombra. Una vida que se provee a sí misma. Un sol restallando aquí y bien caído allá. El frío de su ausencia colocándose de nuevo en ligeros baches, librándose del calor, emprendiendo su propio esbozo de muerte y encogiendo, a pesar de todo, ese gesto tirado demasiado pronto y que una llama demasiado viva podría quemar. Chapa espejo en que sólo se refleja la fuerza muda de una voz que a pesar de todo se esfuerza por pesar sobre el peso de sus silencios.

Entonces la vi deslizarse, Elia, por la cortina de luz malva bajo la fronda de los árboles de Judea.

¿La llamé? ¿Acaso llegó usted a verme? Yo sí que vi su gesto del brazo apartándose suavemente para doblar una rama. Me levanté. En la alberca cayó una piedra con rumor mojado. Me acerqué, pero debí correr, cogerla, agarrarla, volverla hacia mí y decirte, pero tú ya no eras Elia.

Te busqué. Llamé. Sí, me acuerdo. Como el ruido seco de una ventana cerrándose allá en la muralla.

El viejo loco, seguramente molesto. Y eso fue todo. Entonces corté por la espesura de esos bojes que se aplastaban contra mí con un roce de seda. Me fui corriendo hacia el mar por el duro acantilado de piedra seca.

De esas piedras en que te entretenías un día en enseñarme los diferentes rostros: «un enano para el rey», «una enana para la reina». Y te reías añadiendo: «Aquí un rey para el enano, una reina para la enana.»

Elia, he penetrado en el mar. Me he lavado la cara. He mirado el reflejo de las nieves ondulando en la ligereza de las olas.

He vuelto por la poterna en donde grotescamente redundaban unas palomas rubias. Entonces les he tirado una piedra. Tomaron su vuelo y las vi girar en lo alto y bajar en un vuelo rápido hacia la alberca en donde están de nuevo posadas.

Y heme aquí, en este cuarto. La cabeza recogida en la amargura del blancor ceroso de las almohadas, escuchando gotear el agua clara del silencio de una morada que no termina de susurrar.

Y estás ahí, Elia.

Sentada en esa piedra, cogida en las redes de esa flor de jara color de rosa que se mantiene entre tus dedos. Indice y pulgar. ¿Una presentación? ¿Una pregunta?

El calor inmóvil cargando tus labios con el peso de lo rojo en la espesura agobiante del aire.

El choque de una honda hoscamente perceptible revuelca sus remolinos en el tremendo fluir de una sangre que se enloquece, en la sorda amistad de un sonido último ya perdido.

¿Por qué dijo usted:

«¡De dónde vendrá el invierno!»?

Pero, ¿es que lo dijo, Elia?

Yo no he visto nada, no he oído nada a lo mejor, el color sigue inmutablemente el mismo, restallando en largas arrugas entre este juego de ocre arenoso que nos separa.

El invierno proviene del almizcle potente del otoño, arqueado en su voluntad de plenitud, en el color de púrpura de los madroños, deslizando su presencia de azules por lo cobrizo de un castañar, en su perfil de guerrero alzándose sobre la loma, en su clamor de mujer llamando la noche y derribándola en polvo de cometas, en el caer de un chaparrón sacudiendo la dureza de unas tierras que arañan unas patas, millones de patas, cogiendo, tirando, haciendo y deshaciendo el laberinto de una vida mortuoria que nunca habremos terminado de recorrer.

La llamada de amor se encuentra de nuevo, los cuerpos se alzan y la semilla con fuertes jadeos arrojada a la faz de un Dios despavorido.

Lividez del verano esparcido en su polvo último. Sequedad de los huesos madurando de nuevo la fuga de los musgos. El rodar de las aguas devuelto a los ríos, el sopor agrietado y la vertiginosa promesa de unas locas primaveras pisoteada.

La vida, irguiéndose de nuevo, hinchándose, revolcándose en sus bubas de podredumbre, dispuesta a los más locos estallidos, a las luces más perversas, a los más clamorosos enfrentamientos en la ira de los millones de voces, revueltas, chillonas, cortantes y ya tendidas, despedazadas, molidas entre las fauces de una madre matriz de una madre muerte que no cesa de darles vida.

«¡El invierno!»

¿Qué dice usted, Elia?

Lejos ladran los galgos, allá por la carretera junto a aquellas casas que no se ven, aquellas casas pobremente revestidas por manos de hombres, aquellas casas que no repercuten si no es en la espesura de un pozo.

Tal vez hayas hablado, Elia.

Permaneces inmóvil, como yo permanezco inmóvil.

¿Te habré contestado?

He oído gritar los perros. He visto, aun dándoles la espalda, el hacinamiento de esas paredes cuidadosamente cerradas. He sentido la sombra de la morada, de su morada, captarme suavemente, alcanzarme ahí, a unos centímetros de mi espalda, a unos centímetros de tu cara. ¡Estamos tan cerca, Elia! Tan cerca de esta casa, de esas casas, de esas voces. Tan cerca de tu padre, tan cerca de sus cromos, de sus manos que revolotean alrededor de un cigarro, tan cerca de un alcohol de colores empañados, tan cerca de los veleros, tan cerca de los Galápagos, tan cerca de una piedra de rostros humanos que se cierra en sepultura, tan cerca de un rojo reventando la negrura de una noche oscura y agonizante en el sulfuro de un alba que lo cierne, tan cerca de nosotros, de nuestros gestos, de nuestros labios, de nuestros ojos.

¿Y qué decíamos? ¿Qué veíamos?

¡Ah sí! que los galgos se han levantado, azotados por sus repentinos ladridos. El invierno, Elia, hueco como un hilo ceñido de lino, no cesa de componer su espiral ni de abolir el principio y el fin.

Así es.

Estamos recubiertos por esta ceniza de sombra. Tú te has levantado. Yo te acompaño. Tu mano se halla libre de esa flor. Los perros se acercan. Pasamos bajo la higuera. Por esa brecha el mar arroja con violencia la chillería multicolor de su ocaso. Gris azul, la tarde cae de los tejados, recubre allá lo hirsuto de los árboles, se apesadumbra en playas de aceros fulminados en la montaña.

Tres murciélagos aplanan el aire con su vuelo de terciopelo.

Su mano traza al azar una señal imperceptible, Elia. ¿Será al azar?

Debajo de la hiedra, recostado en la puerta, Don Felipe, mirando a Elia.

*

«Soy un inventor, Franz.

Los desiertos, los océanos, las selvas, monstruosos hacinamientos de rocas, los vampiros incluso, verdad, me lo deben todo...

Ni hablaré siquiera de esos torbellinos de fuego, montados como ruedas en la distorsión del aire, como las ruedas, palancas y bielas de una mecánica espacial que no acabaremos de considerar fuera de ejemplos precisos. De un Estrómboli que sin duda no me debe nada, ni de ciertas piedras abrillantadas que algún día le enseñaré, Franz, y para la que Franz, y tú, Elia querida, lo somos todo. Pero el invento es el mismo. Un corazón gesticulante en el canasto en que acaban de depositarlo y que sigue animando el mimbre.

Una coma, suspendida como un interrogante sobre la ola que romperá o no se abatirá; prefiriéndose de pronto en lo salvaje de su desgreñamiento como una mujer perseguida por el viento...

¡Oh, un modesto inventor!»

¿Por qué, Don Felipe, ese respingo del labio en comisura?

Elia está sentada en una estrecha silla dorada, acariciando el gato rojo al amor de la lumbre.

«Un mínimo inventor, amigo mío, un inventor de memoria, sabe usted.»

Usted puede decir, puede balbucear, levantarse. Acercarse a esa vitrina. Tomar ese libro. Hojear esas estampas, mezclarlas a sus palabras, agitarme todo eso en las narices, nada existe sino ese pelaje rojo sobre la blancura de Elia.

Así la «Hermosura», forjándose en escamas para unos movimientos en sutilezas de discretos arcanos, deslumbrándose en el vuelo del pez volador...»

¿Por qué habernos traído a este lugar?

Por ese pasillo sin fin; desnudo, enlosado de jaspe rojo a lo que pensé, débilmente alumbrado por velas hincadas de trecho en trecho en la base de un espejo deslucido y que no refleja nada.

«Si, como un corazón que se esfuerza por latir para asumir sus marcas en la presencia de astros...»

Lateralmente, a derecha e izquierda, una puerta abierta sobre el vacío de salones en donde no sé para qué malicias arden en profundas chimeneas unos enormes fuegos, trastornando con breves reflejos esa sombra acumulada, chapando de púrpura el oro deslucido de una pastora sobre el bronce verdoso de una cómoda traqueteante.

«El gran cometa cogido en los husos de las brumas, mezclándose de poder en las riberas deslumbrantes de luna, forjando la voluntad de un nombre...»

¡Sólo el balanceo de ese gato runruneante, del crujir del leño engastado en llamas, y el de tu mano, Elia, deslizándose sobre el pelaje!

«El ocre reventando sus imperios...»

Estoy cerca de ti, Elia. Te miro. Te escucho, sola en tu susurro, en la potencia contenida de tu gesto, en la profundidad sedosa de tu cuerpo, en el ir y venir de tu mano, que a veces tapa el verde de esos ojos de gato.

«Así un sencillo mecanismo que no fue nunca sino de oscilaciones en la agilidad de los vientos...»

Una habitación tranquila. A contrapelo de estas imágenes. Dos ventanas con la noche y el mar, una mesa cargada de libros. Un escritorio abarrotado de grabados, unos sillones de cuero verde, desvencijados, la lumbre, esa vitrina en que unos mapas antiguos cabalgan, un jarrón negro apoyado de soslayo contra una arqueta medio destripada de donde se escapa una retahíla de mariposas marchitas.

«El fulgurante brillo de la pata de un escarabajo pesando sobre la redondez de su bola, salpicando el Universo de resplandores...»

Una miniatura adorna el jarro. Un espíritu desgraciadamente provisto de rostro. Agachado, combatiendo sin duda la perfidia de un limo opaco que no puede revelarse. Hombre, acaso, armado de una linterna; defendido por una lanza. Desafiante desafiado y ya devorado, despedazado, deshecho, bajo el azul de un reflejo que ahí, en lo negro deslucido de la terracota, se mueve en la estela de esa voz.

«... Inventar, mi querido Franz; caídas de voces que nos sea lícito consultar...»

Azul cogido en la forma, desplazado, trazado de un diseño de mirada, sobre esa pared, ese libro, la punta de esa llama, el espesor nocturno de esa cortina. Azul chapado, azul estallado. Cielo reductible a la violencia de un guiño, tirado, cogido, desechado, y cogido de nuevo. Azul en camino de ausencia, en violencia de conocimiento. Aquí sobre esta mancha de loza que no significa nada, y allí llevado al pliegue del cortinaje, tomándote de nuevo hasta mover la mano olvidada que agarra una mata de tomillo. Azul acarreador de ritmos desconocidos, o reconocidos, cayéndose sobre lo brusco de unas deslumbrantes nervaduras en su mecánica, Don Felipe.

«Los pavos reales, mi querido Franz, no establecen su rueda, verdad, sino en el espacio de un tiempo que nos parecería nuestro.»

Yo te persigo, Elia, persiguiendo el azul del páramo. Persiguiendo este día en que se enrosca una presencia que pudiera animarnos.

«Sí, querido Franz, yo soy un inventor, un modestísimo inventor de recuerdos para enjarciar lo real.»

*

En esta noche, en esta habitación, otra vez me encuentro solo.

Con algunos retazos de frases repercutiéndose, añadiéndose en breves melodías sonoras sobre el vacío de las paredes:

— en un arrugamiento de escamas
— el clamor del coro
— una oscilación de vientos
— una mecánica de recuerdo para enjarciar lo real
La bordona de una voz agitada en el runrún de un gato rojo.
Dos labios sacudidos en la torsión del fuego.
La velocidad en descubrimiento de pasillos desiertos tan pronto desvanecidos.
Lo oscuro de unas habitaciones inmediatas y tan pronto cerradas.
El gesto de tu mano, Elia.
Su sombra, Don Felipe, entrecruzando de rayas negras un espacio de luz.
Y el regreso por el laberinto polvoriento de esos recorridos que no acaban de abstraerme.
Elia otra vez desaparecida.
Pero ¿qué has dicho, Elia?
No, no me acuerdo. Tal vez hayas murmurado: buenas noches. Pero ¿cuándo? En qué recodo de esta noche que no termina de hacerse más y más pesada, de levantarse más pesada a cada aurora, de pringarlo todo, de deslustrarlo e invadirlo todo, y colmarlo, al simple sonido de esa voz que dice:
«Ya está usted en sus aposentos, amigo mío; no tiene más que torcer un poco más allá a mano derecha.»
Solo en esta noche eructante una vez más de nieblas y de lluvia.
Beber. Fumar. No dormir. Oponerse. ¡Acordarse! ¿De qué? De todo. De las aguas, del fuego, de la tierra, del aire, del magma que no cesa de producirse, de enrollar, de amasar.
Escarbar una memoria hasta la horrible presencia física del combate cuando caen las cucarachas cargadas de añicos de imágenes, cuando se empieza a oírlas zumbar, encogerse, chirriar, arrastrarse, invadir, para armar, trozo por trozo, reconstituir lo terrible de la visión final que no es sino un grito, arrancado a todo lo que es distinto y que no se mantiene sino en sí mismo, en el centro de ese enloquecimiento del olvido, de lo arbitrario, ese mínimo fragmento que sólo exige...
Volcar, destruir el equilibrio, esa tapa de ataúd que no acabará nunca de saltar.
Liberarse en la caída, girar en la gran ira de los espasmos, proyectarse entero en la imagen, cegarla, rasgarla para establecerse en la siguiente que uno abre a su vez con un mal pensamiento preciso como un cuchillo, y encontrar la otra, detrás, y la otra también y echarse de cabeza, nadar en ese montón de añicos más o menos acerados que se recompone detrás de ti, vuelve a formarse, despliega de nuevo lo liso de sus fachadas incomprensibles, pero que habremos penetrado, en el que nos desmediremos de toda la potencia negra y roja de nuestras muertes acumuladas.
Y seguir andando...

*

Los corredores se convulsionan, se aprietan, se cabalgan por medio de estrechos pasadizos, desembocan en profundas salas, en cuyo vacío

se suspenden, entrecruzándose, frágiles escalerillas de hierro, lanzándose en grotescas circunvoluciones hacia una bóveda que la mirada no logra alcanzar.

Recaen en otras como estandartes ajados, unos largos cordajes armados a veces de garruchas.

¡Una pequeña invención más de Don Felipe, para a su antojo suspender y arriar su memoria!

Más lejos yacen altos bargueños para encerrar, no es cierto, en la multiplicidad de sus cajones del olvido, el número de esos años a los que usted quiere tanto.

Ya no llueve. Las brumas se han disipado.

Jugando como con prismas con los cristales más o menos gruesos, más o menos claros de numerosas ventanas, espaciadas a diferentes alturas, la luz seca de un plenilunio dispone sus masas, sus silencios.

Sí, andar en estos charcos: reflejos de su memoria de modesto inventor, Don Felipe. Chapotear en su realidad. Pisotear lo furtivo de sus llamadas. Desfondar esa avicular barrera de espuma que usted levanta en el ligero moverse de unos labios que se aprietan: su sonrisa.

¡Yo le nombro, Don Felipe!...

¡Yo te nombro, Elia!...

Yo os grito en el chirriar de este sopor en que todo, ya no me lo podéis ocultar más, está a la espera, al despertar...

¡Don Felipe! ¡Elia! ¡Don Felipe! ¡Elia!

¿En qué recodo, en qué brecha, a qué barandales asidos, están ustedes espiándome?

¡Don Felipe! ¡Elia!

El grito sube y no recae...

Caminar a pesar de todo, para asirse del juego de sombra que habréis descuidado de llevaros y que me lleva hasta vosotros.

Agarrar el muro, seguirlo, esforzarse por no sollozar, de ese sollozo que explota y se viene rodando, salpicándome con sus risas agrias.

Seguir, ¿ir hasta dónde? Doy vueltas y más vueltas. Doy vueltas sobre mí mismo. Regresar, por dónde...

Todo se encierra, todo se encubre de la misma uniformidad, como en un recorrido en que uno va forzando las jaras.

Una mesa, un arcón, una sala, un pasillo, la misma luz de luna menos dura, más húmeda, volviéndose ahora más opalina.

Y ahí, esa puerta parecida a esa otra puerta, parecida a todas esas puertas. Vamos, vamos sin embargo, donde sea, al capricho de lo que no es, en la desesperación de lo que es.

Un pasillo abovedado, estrecho, de poca altura, oscuro. Pero allá en el fondo, muy lejano, un resplandor, y la gran memoria de repente agarrándome con la fuerza de sus brazos de miedo, un recuerdo tirado como el jadear de un cadáver: una noche de infancia cerrada sobre su sueño y que vuelve: caverna en la selva en donde uno no puede sino hundirse en el delirio creciente de unas entrañas que crujen con la sensación repentina de esa presencia monstruosa que el brusco despertar anega en sus sudores ¡pero a pesar de todo, ir! ese túnel desemboca *seguramente* sobre el acantilado, al pie del acantilado, junto al mar.

¡Respirar... liberarse... encontrarse!

El túnel se ensancha a medida que crece el resplandor, se agarra ahora a mis manos que baten delante de mí y tiemblan ligeramente.

Y... no, no es el mar sino una cueva muy baja, atestada de viejos toneles que abre por una gran brecha redonda sobre una caverna de donde proviene esa luminosidad profunda, opaca, sulfurosa. Rocas amontonadas, estalactitas perdidas, montones de guijarros blancos, recodos susurrantes de una sorda liquidez, albercas de agua estancada, azulosa...

El miedo abandonado, las manos se encuentran al apoyo de un cigarrillo en el resplandor más cálido de una llama.

El suelo cubierto de arena fina. Poco lejana una fuente de que se percibe el chorrear sencillo.

Y de pronto ese estallido en el estruendo.

Tormenta.

¿Cerca de una salida? Vamos Franz; Franz, recógete ¿y si aquí te encontrases con don Felipe renqueando como después del espadazo de Florencia? ¿Franz? ¿Yo te nombro? ¿Por qué en Florencia? No basta con reírse, le dirás, verdad, Franz: «Vamos, Don Felipe, ya hemos terminado con esta...»

Rastrera, la tormenta retumba, se encoge, se vuelca en pesadas resonancias. Los lívidos estallidos del rayo enjugan lo denso de esta luminosidad criptogámica.

¿Por qué no habría de llover como está lloviendo, Franz? Estás en una selva, ¿no es cierto? ¿estos arcos arrojados al través de esta tempestad que retumba rastrera son leños, verdad?

Que no sean sino unas raíces taladrando lo profundo de estos muros no cambia nada al hecho de que estés en una selva... en vez de una bóveda de nubes, en una bóveda de piedra, pero, Franz, los personajes erguidos, derribados, apoyados a esas rocas, no son sino lo nudoso de esas raíces que de una vez para siempre establecen sus torsos, sus brazos, sus rostros, y si algunos carecen de ello es que no han tenido todavía tiempo de rehacerse.

Lenta torsión de una espesura de escama, ¿eres de piedra o de leño?

Vamos, Franz, Don Felipe se ha acordado por ti. Elia, Elia ha ido a la claridad de las riberas por ti.

¡Ni de leño ni de piedra, Franz, sino de bronce!

Al caer ahí, el rayo ha enderezado la forma. El tonel ha rodado. El vino se ha derramado. Y después, otro, y otro y otro, una multitud de toneles rodando, destrozándose, vertiendo ese vino espeso que le gusta a usted tanto, Don Felipe.

Estruendo, relentes acres, bullicio. Ya no es la tormenta. La tormenta se ha apagado igual que había venido. Ya no son piedras ni siquiera raíces las que retuercen aquí, entre estas paredes, Franz, sino unos hombres grávidamente desnudos que se enfrentan en destellos de hierro, se vinculan, se traspasan, se asaltan, se destrozan, se degüellan, en la viscosidad de una respiración jadeante.

Luego, enervándose despacio, suben los estertores que se plasman en un solo escalofrío. Los cuerpos mutilados se retuercen en sobresaltos breves y se apaciguan, se encuentran, se vuelven a formar. En la espesura de estas raíces, la frágil mecánica se vuelve a componer, no se

deniega, en lo hondo de este suelo busca el agua, en las brechas de estas paredes otra luz.

Corazones reventados, corazones absurdos, yo os mantengo aún en este puñado de piedras... y os rechazo.

La fuente brilla con un destello más leve. Hebra cogida en los lazos de la sombra.

Por mi mano baja una perla de agua redonda...

Sigamos, Franz, a la contra del camino.

*

A Don Felipe

Señor,

En la turbia invención de un día apenas engañado, yo me propulso, como aquel pez, se acuerda usted, que me señalaba una noche, retozando en una lágrima.

Aquellos caminos que fueron acompañantes nuestros, por agua, tierra, fuego, aire y la sangre que forma el tiempo, acaban de disolverse.

Me vuelvo, señor, a la ausencia provisoria.

Su buen amigo Franz.

*

A Elia

Yo no diré su nombre.

Lo llevaré.

En el centro de mis mármoles negros más hermosos, no dejará de arder como no dejaré de espiar.

Del olvido he traído para usted esta piedra en forma de persecución.

Franz.

*

En contra del bosque durmiente el sendero desliza sus silencios fosfóreos.

Abajo, en su azul noche que no acaba de apagarse, el mar se mira en lentas voces.

Fieramente erguido, el muro de alba se desgarra contra las sierras, se escarcha de verde ácido al paso de las cañadas.

Al apoyo de las sombras la larga esleta de los brezos deshechos.

Repliegues, placas, discontinuidad, paros, tropiezos, el bache se ahonda de espera.

No habrá nada más, sino este día.

Obligarse al paso del número, ahí en donde la primera caricia de un soplo se prende en llamada de pájaros.

Ir a la contra de un viento que se establece de nuevo, de un monte que se equilibra, de un seto que se limita, de un espacio que se forma.

Mañana será ese día espeso cogido en el temblor de hierro de un tranvía, de una avenida en su rectitud, de un rombo en su espanto combustible.

Tropezar, acuchillarse, corromperse, desplomarse, levantarse, moverse, estar en la fuerte plenitud de este camino.

Mantener, apartar, evitar esa rama que brota entre las manos. Recobrarse en la cresta y deslizarse en la lentitud untuosa de un caminar ligero al frente de un universo de romeros.

*

Aquí este choque de rocas. Esta nueva luz combatiente. Este bosque desnudo y muerto que en esperanza se despliega.

Y lo liso tras lo liso de nuevas playas que se van estableciendo.

Remontar, asirse de un tiempo de volcanes.

Ir por este largo torneo de montañas que se salpican y rechazan en su propio sol...

y allá,

abajo,

cruzando al biés por la playa, haciéndose, deshaciéndose, unificando, multiplicando, toda ella en profunda dependencia de morada... a la altura de un grito arrojado... arrancándose, la Gran Toscana se hunde en el eco largo de los mares.

Quizá... la sombra se alarga tanto... (*).

JEAN THIERCELIN
«Serre»
84 CADENET (Francia)

(*) La Redacción de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS desea informar al lector de lengua francesa de que el relato *Don Felipe* aparecerá próximamente en francés en «Las Ediciones Lettera Amorosa», Bélgica.